

# ***La Mariblanca***

*Narración novelesca, que trata de la vida y milagros de una  
comediante del siglo XVIII*

Diego San José

Prólogo de José Francés

A D. CEFERINO PALENCIA

ADMIRABLE AUTOR DE COMEDIAS Y DE COMPAÑÍAS DRAMÁTICAS

Esta MARIBLANQUILLA de sus pecados, que tan gentil y bellaca anda por estos folios, va humilde a besarle las manos como a tan gran arráez de las naves faranduleras, cuando tuvo en la vida y en el corazón a aquella inmortal comedianta que se llamó MARÍA TUBAU. Al evocar este nombre glorioso, *LA MARIBLANCA* se humilla, se hace mujer de bien y de puro emocionada no se halla a sí misma.

Por esta pleitesía no más, admítala su merced, D. Ceferino, y dele que vaya aprendiendo PEPITA TUDÓ Y LA CHARRA.

Con todo cariño, sabe que le es muy aficionado,

DIEGO SAN JOSÉ

## ESTO NO ES UN PRÓLOGO

Imperdonable pedantería me hubiera parecido titular pomposamente PRÓLOGO estos comentarios que te salen al encuentro, amigo lector, un poco importunos, retardándote el momento de gustar la única y verdadera belleza de la obra.

El título PRÓLOGO es casi siempre careta de dos vanidades: la del que prologa y la del prologado. En la mayor parte de los casos, la única razón de tal careta está en que el segundo se imagina al primero como «llegado» en este camino de la literatura donde —por lo menos en España— no se llega nunca al final.

El prologuista lo comprende así; sabe que el muchacho, menor en años y más retrasado en desengaños, no busca más que unos cuantos elogios que, por venir de tal pluma, harán caer a los demás en la tentación de leerle, y procura mentir lo menos posible y hablar de cuanto no se relacione con la obra que recomienda sea leída... pero que él no lee.

Ocurre con esto como con las recomendaciones de Jacinto Benavente a las Empresas teatrales. En cierta ocasión dirigía yo un teatrillo de poca importancia, pero sobre el cual caían cotidianamente de veinte obras para arriba. Muchas de estas obras venían recomendadas por el autor de *La Malquerida*.

Y como casi nunca se trataba, ni mucho menos, de maravillas escénicas, yo sudaba y me escalofriaba cada vez que tenía que rechazarlas viniendo con tal marchamo.

Hasta que cierto autorzuelo en agraz se creyó con derecho a decirme:

—¡Hombre! Resulta muy extraño que no le guste a usted mi obra cuando a don Jacinto le ha gustado tanto.

—¡Ay, amigo mío! —le contesté—. No es tan extraño como usted cree. Al contrario; es muy lógico, porque Benavente no la ha leído y yo sí.

Esto le ocurre muchas veces al ingenuo lector que se extraña de que el prologuista elogie una obra que, leída, resulta detestable. El prologuista se venga de ese modo, no leyéndola, de la mal encubierta vanidad de quien solicita pabellón ajeno para la mercancía propia.

Por eso, esta charla que vamos a tener en el umbral de uno de los más bellos palacios donde se refugia, en pleno siglo XX, el habla castellana con toda su prístina e impecable pureza, no es un prólogo.

Ni diferencia de años, ni de desengaños; ni encubiertas vanidades, ni la ignorancia por parte de San José respecto de las candidas y dolorosas mentiras que de lejos suenan a triunfos; ni la ignorancia, tampoco, por parte mía de la obra que recomiendo.

Vamos por la vida y por la literatura juntos y unidos por una fraternal amistad. Yo le admiro mucho y él tiene la bondad, velados sus ojos por el cariño, de no hallar demasiado deleznable mis escritos. Con lo cual, ya comprenderás, lector, que nos guardamos una mutua lealtad de cariños muy por encima de los libros y muy poco frecuente en esta pícara república de las letras.

Hablemos de él, ahora que no puede oírnos. Como esto no es un prólogo, no tengo necesidad de mentir ni de divagar; como tampoco tengo la costumbre de hablar mal de mis amigos cuando ellos están ausentes, sino, por el contrario, me place más conquistar amistades para aquellos a quienes quiero, cuando no puedan atribuir, por su presencia, a adulación mis palabras, te advierto que las líneas siguientes son un elogio del hombre y del escritor.

Y como —no me duele repetirlo— esto no es un prólogo, tal vez hago mal en llamar elogio a lo que es justicia.

Diego San José, menudito, cetrino, los ojos un poco saltones, la boca inverosímilmente pequeña, el pelo siempre despeinado y el vestir sin aliño, es un caso único de reencarnación.

Si atendemos a las canas que empezaron por blanquear sus aladares y ya le trepan por el cráneo arriba, le creeríamos un viejo; si a su estatura y proporcionada pequeñez de brazos, piernas, manos y pies con el exiguo cuerpecillo, creyerais que es un niño. Si no supiéramos que pasó, hace muy poco, la «funesta edad» esproncediana, imaginaríais muy cuerdamente que, como la princesa del cuento brujo, ha despertado después de un sueño secular.

Viviendo en nuestro siglo es de tres siglos antes. En su cuerpo feble, en su cerebro privilegiado, en su corazón hidalgo y sentimental, se han encerrado —como otros tantos tesoros en respectivos cofrecillos— las costumbres, las ideas y la literatura del siglo XVII, el más glorioso de todos los siglos españoles.

Inquieto, vivaracho, ingeniosísimo y algo maldiciente —por imperiosa necesidad de su mucho ingenio—, es el Asmodeo de Vélez de Guevara, redivivo. Pero no levanta techos ni descubre lacras de moradas modernas y contemporáneos personajes, sino de los viejos palacios, arcaicas guaridas y de humanas siluetas de otro tiempo que, al conjuro de su pluma, adquieren perfecto y exacto relieve de vitalidad.

Sus novelas, sus cuentos, sus poesías podrían llevar al pie los nombres de Espinel, de Quevedo, de Castillo Solórzano, de Fernando de Rojas, de Mateo Alemán, del Fénix y aun del mismísimo Príncipe de los Ingenios, cuyo inmortal libro está siempre a la cabecera de su lecho.

Es enamorado y pendenciero como los clérigos poetas de entonces, aunque sea más descreído que un enciclopedista del siglo siguiente y de la Francia gentil. Nadie más que él tiene derecho a entrar por los recios bosques y los severos jardines de nuestro idioma. Nadie como él sabe sostener en todo momento, sin una sola flaqueza, sin la más pequeña abdicación, el más escrupuloso examen de sus obras.

Porque, gustándole los poetas contemporáneos, aprovechándose de las molicies y adelantos de nuestra civilización, y pareciéndole de perlas cómo se engalanan las damas elegantes y las pizpiretas modistillas de ahora, se olvida de todo en cuanto moja su pluma en el talaverano tintero, y solo piensa en urdir fábulas para escribirlas en el mismo estilo señorial y rancio que deben hablar los personajes de esas fábulas.

No como otros novelistas, dulzones y aduladores de la gente de dinero, escritores a quienes se recomienda en los confesonarios y a quienes les parece de buen tono poner

un lenguaje de pseudo clasicismo en hombres y mujeres de ahora y para narrar episodios con automóviles y aeroplanos.

San José tiene para sus poesías la misma musa de los poetas que ama. Para sus novelas domina todos los resortes literarios de su época; los maridos cornudos, las mozas desvergonzadas, los villanos socarrones, los curas rijosos, las alcahuetas hipócritas, los lances de hamponería o de hidalgo romanticismo, las argucias de los rufianes y el erudito discreto de las bellas; con más el admirable aditamento del paisaje literario, que es una conquista posterior al siglo XVII, si no me equivoco.

\*\*\*

Hasta ahora, Diego San José lleva publicados tres libros de versos: *Rufianescas*, *Hidalgos y plebeyos* y *Libro de diversas trovas*. Diez novelas: *Mozas del partido*, *La bella Malmaridada*, *Doña Constanza*, *El libro de horas*, *Puñalada de pícaro*, *Una vida ejemplar*, *El sombrero del Rey*, *La monja del amor humano*, *Cuando el motín de las capas*, y esta desenfadada *Mariblanca* que en tus manos tienes ahora. Dos libros, que él subtítulo de «prosa vieja» y de «verdades y patrañas de la Villa y Corte»: *Los hijosdalgos del hampa* y *Mentidero de Madrid*. Ha estrenado, entre obras originales y admirabilísimas refundiciones de obras clásicas, muy cerca de once piezas teatrales y ha escrito y dado a las revistas, que tal género cultivan o han cultivado en España, más de veinte novelas cortas, algunas de las cuales son como valiosas joyas, cinceladas por hábil orfebre y talladas por experto glíptico.

Y, si se une a esta obra tan vasta una asidua colaboración en periódicos y revistas de España y América, veremos que este hombrecito, menudo y vivaracho, que va a pasos cortos y saltarines por la vida, marcha a enormes zancadas por la literatura.

En sus libros de poesías —lo mismo en los romances, letrillas y jácaras, que en los rotundos sonetos y los limpios madrigales— asoma tan pronto el noble sabio en floreos, como el juglar aventurero y trotamundos, el pajecillo que sabe lindas rimas o el desvergonzado clérigo que escribe en bellos sonetos obscenos pensamientos.

Verdaderas antologías de poesías clásicas son estos libros que causan en el ánimo del lector, no la sensación de la copia de un estilo literario, sino ese mismo estilo en toda su original frescura.

Sus novelas son también acabados modelos de reconstrucciones de época y lenguaje. Y, sobre todo, sabrosos frutos de experiencia en psicología femenina.

Citemos, por ejemplo, tres de sus más famosas obras de este género: *Mozas del partido*, *La bella Malmaridada* y *Doña Constanza*.

Pinta la primera, con todo su colorido y amenísima sucesión de episodios agridulces, la historia de una mancebía y las andanzas de su dueña por tierras de Castilla, tanto por la obligación de buscar mujeres para el ajeno goce, como por hallar hombres para el propio deleite.

Es la segunda, crónica de una alta dama, que por vengarse de humillaciones e infidelidades de su marido, va por ventas y posadas enlodando su nombre y su cuerpo en

bajos menesteres y sirviendo de espolique —y, lo que es peor, de consuelo también— a la lujuria de arrieros, traficantes, comediantes, mozos de cuadra y soldados.

*Doña Constanza*, que, siendo como las anteriores cumplido reflejo de las novelas picarescas y desenfadadas de nuestro siglo de oro, me parece también la que más alto pone el don de novelista encarnado en Diego San José, podemos considerarla como la antítesis de *La bella Malmaridada*, porque, siéndolo también, no procura abrumar la cabeza del adúltero con la misma astada frondosidad que ella soporta en su frente, sino que se resigna, humilla y ofrece en gustosa víctima por amor al esposo. Si en vez de ser copia de personajes o costumbres del siglo XVII fuera de los postreros años del siguiente, bien hubiera podido el ilustre autor titularla a la moda de esa época *Doña Constanza o la fidelidad conyugal*.

Por último, *La Mariblanca* es digna hermana de la mal casada, de la bien casada y de las que nunca lo estuvieron ni mal ni bien, pero que hicieron felices o cornudos a los hombres como si hubieran oído leer para ellas la famosa epístola.

*La Mariblanca* es una gentil comedianta que florece, da su perfume y se mustia durante los reinados de Felipe V y Fernando VI. Diablesa harta de carne masculina, no se cubre con monjiles hábitos, sino busca el reposo del lecho matrimonial.

Su historia ha formado el libro más fresco, jugoso y picarescamente representativo de cuantos han salido de la fértil pluma de Diego San José.

Es cínico, desvergonzado, como las *Damas galantes*, de Brantome, o las novelas de los italianos anteriores a Bocaccio o del Bocaccio mismo.

No puede recomendarse, pues, como modelo de literatura infantil ni aun jamonil, porque en los dos primeros aspectos robarían la inocencia y en los últimos el sueño a las matronas honestas. No puede tampoco, como otros —que el autor ha publicado en cierta Biblioteca cuyo catálogo huele a incienso y pone ante los ojos cabrilleos áureos y rojos de estofados y cirios religiosos—, considerarse como una obra donde la moral católica condena los vicios y perversidades humanas.

Pero el resto de la gente —y ya sé que también los católicos y más de una gentil muchacha— leerán complacidos este libro que me parece uno de los más amenos, divertidos y agradables de cuantos se han escrito en lengua castellana.

Y de los más españoles. Lo cual no es de despreciar en este año de 1918, en el que, a pesar del grandioso triunfo de la Justicia y de la Libertad sobre la Barbarie, todavía tenemos que considerar a España dividida en francófilos y en —con perdón— germanófilos.

Porque...

Pero callemos, amigo lector. Ya siento las pisadas menudas de nuestro amigo, que avanza hasta nosotros. Dentro de un instante le verás aparecer y quitarse el sombrero frégoli, con un ademán que recuerda el de un capitán de los antiguos tercios destocándose el chambergo al oír el nombre de S. M. Católica, y al cruzarse con una dama de pomposo guardainfante seguida de la dueña, propicia a recibir bolsas y entregar amorosos billetes.

JOSÉ FRANCÉS



## PRIMERA PARTE



## CAPÍTULO PRIMERO

### LA FARÁNDULA TANDARIEGA

Notable y peregrina cosa es el vivir de la farándula andariega, la que va al través de los caminos reales y de los atajos, repartiendo por pueblos y aldeas el cortesano ingenio que floreció en unas páginas compuestas en verso con un nombre al margen.

No hay vivir más desaprensivo ni más penoso.

A veces, todo es bienestar, aunque nunca sea llegada la hora de la abundancia y de hartarse como en otras bodas de Camacho el rico; pero en la mayoría de los casos el hambre y la miseria se ceban de lo lindo y se complacen en hacer monstruosas ironías.

Pongamos por ejemplo el salir un rey magnífico repartiendo mercedes y prerrogativas y no haber consolado el estómago en todo aquel día sino con una rebanadilla de borona remojada en aguardiente.

El aparecer un ricachón repartiendo miles de escudos como si fuesen agua y hacer más de siete meses que olvidó de qué color son los maravedíes, que no quiero mentar las *blancas* por ser cosa que entra de lleno en el quimérico reino de la fantasía.

También es capítulo completamente opuesto a la realidad de la vida el salir una dama derramando honestidad en forma que malos años para aquellas famosas irreductibles que andan en historias porque en el mundo fueron notables en abstinencia carnal, y ser ella la más corrida pécora y adelantada daifa de que se tenga memoria.

Pues no se diga de aquel hidalgo todo pundonor y honra de la cabeza a los pies, que no solo puede tener por padre a un regimiento, sino que con la desaprensión de su mujer se ayuda la vida, y habla de la pureza de su sangre con tal ansia, que ganas dan de aguarcela para que no le pese tanto.

Tal galancico que sale como duelo y quitapesares de las damas, y sobre no levantar dos palmos de las tablas trae los ojos llenos de lagañas, el rostro perdido de lamparones, y bajo la ropilla rasca sarna y bubas para llenar un hospital.

Todo es mentira y apariencia en la socorrida república de Agustín de Rojas, y así tiene que ser necesariamente, porque, de mostrarse la verdad y la franqueza a la luz del sol, no serían los buenos ciudadanos de ella quienes acontecen ser, sino gentes sin trampa ni cartón.

Tanta hambre y necesidad no se destroza entre cuantos mendigos pueda haber en una república y muchas veces le aconteció a una carretada de cómicos tener que rogar las sobras del triste condumio a una caravana de gitanos.

Lugares hay donde no se les recibe como no den de adelanto el gasto de una semana cuando menos, y aun así y todo no falta donde no se les quiere porque aún se les tiene por más plaga que la filoxera y la langosta, pues no dejan cosa a vida ni honra en su sitio.

Ya quien los conoció bien y fue entre ellos uno de tantos aunque luego floreció en uno de los ingenios más peregrinos de que puede ufanarse la Humanidad, dijo que más valía entre ellos una buena reputación que una opinión mala, y así es la verdad, que cosa o persona que no les caiga en gracia a sus mercedes, ya puede decirse que la han puesto en la picota y harán caer sobre ella dos mil agravios.

Un abuelo tuve yo que decía:

«Mejor quisiera estar en un despoblado rodeado de lobos y sin defensa alguna, que quieto en mi casa, pero con la opinión en lengua de cómicos...».

Y yo, que andando los años he sufrido el trato de esta gente mendicante, digo que aún se quedaba corto y los temía poco.

\*\*\*

Entró la carreta en el pueblo, que era de los más destartalados y míseros de Castilla, y ya comenzaron desde este preciso momento a trocarse en realidades los malos pensares de los comediantes.

No más hicieron que columbrarles los muchachos y una bandada de ellos se adelantó para anunciar la novedad mientras que otra no menos numerosa circundaba el carronato con muestras salvajes de curiosidad y de agravio.

En algunas inocentes manos se prevenían piedras que estaban prontas a estrellarse contra los cascos del algún desventurado representante.

Al fin los hombres que iban a pie guardando el lujo de la carreta solo para las mujeres, consiguieron abrirse paso, y la escuálida mula, que más era espectro de su casta que bestia viviente, hizo un pujante esfuerzo y movió la pesada máquina.

Los chicos que iban delante entraron como una avalancha por la calle real, alborotando, que no parecía sino que la más grande alegría o la más grande desventura amenazaba al pacífico vecindario.

Un muchachuelo pelinegro, de mirar atravesado y no buenas inclinaciones a juzgar por la estampa, desapareció por una callejuela gritando a pulmón herido y como si le fuera en ello la vida:

—Madre, encierre las gallinas, que vienen comediantes.

Y a la algazara y bullicio salían las gentes a las puertas y las rejas. Unos tenían el *fausto* acontecimiento por ventura y otros por desdicha.

—¿Serán unos que dicen que hubo esta pascua en Valladolid? —preguntaba una moza y se respondía luego a sí misma—. Pues a fe que, de ser esos, son los mejores representantes que se han visto en muchos años. Dicen que hacen la comedia del justo juez, tan propiamente, que es estar viendo el Juicio final tal y como dicen los Evangelios que tiene que ser si Nuestro Señor no lo remedia.

—Mírate no sean —replicó otra— unos que estuvieron en Medina; mi padre los vio no hará ocho días, y cuenta que por malos les echaron del pueblo, y aun el caporal de todos se quedó en la cárcel.

—Ello dirá, y sea como sea, a mí me divierten, que me gustan las comedias a perecer —dijo la primera de las mozas.

Y añadió la segunda:

—Pues a mí me dan tal envidia y comezón de seguir su suerte, que si no fuera por no dejar los míos y el pueblo que le tengo ley, bien puedes creerme, como nos hemos de morir, que me marchara con ellos. ¡Gentil garbo tienen! míralos.

Y a este tiempo embocaba la carreta en la rúa.

Larga y recia tiene que haber sido la jornada, puesto que las infelices mujeres más parecen botín de una batalla que gentes de paz y de sosiego.

Al llegar a la posada, que está al promedio de la calle, hace alto la comitiva, y al posadero, que ya está en la puerta más por curioso que por negociante, pregunta uno de los que vienen a pie, y ya parece hombre de alguna edad, si hay posada para los cómicos.

Responde el maeso preguntando a su vez que cuántos vienen, y por mejor dar razón con la presencia que con la palabra, comienzan las mujeres a descender del carro.

Es la primera una garrida rubilla que un tanto aseada, con menos yeso en el rostro y más alimentación en el estómago, no ha de ser mala moza, pero a este tiempo no es ni sombra de lo que pudiera ser.

Sigue otra que ya está entrando en el otoño de su vida, y por lo que se deja adivinar tampoco debió de tener mal verano. Trae en los brazos un niño que debe ser de pocos días, y al que enseguida toma otra mujer que con mucho trabajo consigue ponerse en el suelo.

—¿No fuera mejor —dice la que bajó primero— que te hubieras quedado allí en el hospital y fuera bien para todos, para ti, para el niño y para nosotros? Más expuesta estás acá. Trae el muchacho, que no has de darle más vida a costa de la tuya. Y arrebatá a la criatura de los brazos de la madre.

—Muchos sois —dice el maeso—, y no sé si habrá lugar para tantos en la posada; pero antes de que se sepa, necesario es que, por lo menos, me den de adelanto el estipendio de una semana.

Y estas palabras fueron como volver la angustia y desolación a los afligidos corazones de los infelices comediantes.

Las mujeres, sin hablar palabra, tomaron la vuelta hacia la carreta. Los hombres, humildes y apesadumbrados, hicieron promesas sobre palabras que, como ofrecían poca garantía al huésped, no eran escuchadas con mucha corrección.

—Amigos, yo vivo de mi negocio, como cada cual del suyo, que si no voy al mercado con el dinero por delante no me lo dan de gracia, como vuestas mercedes no hacen función si no sacan su partido, y como hasta tanto que sea Dios servido de esto, tienen que vivir sobre fiado, y si luego no les llega, con alzar los hombros y decir: «Ya se vio que la culpa no es nuestra» quedan tan ricamente, que a quien nada tiene el rey le hace libre; mas yo, entretanto, me quedaré con mi desesperación y mis faltriqueras vacías; así es que, no siendo como digo, vayan con Dios y él les ayude.

Tornaron a decir los pobres que lo primero que sacasen sería para pagar el hospedaje, y que de no fiarse, en el mismo lugar donde se hiciera función podría cobrarlo del primer dinero que se hiciera recaudo.

Pero ni de esta manera se ablandaba el hombre, pues decía (y justo es reconocer que con muy buen acuerdo) que allí tenía puesta su hacienda y allí era donde habría de cobrar el estipendio de ella y no en otra parte en que no alcanzaban sus fueros posaderiles.

—Mire su merced —imploraba el más viejo— que somos gentes de bien, almas de buena voluntad, y su merced no sabe de la tristeza de esta vida, que medra solo de la alegría de los extraños, sin curar de las penas propias, que son mucho más lastimosas que las comedias que representamos cada día...

A este tiempo una de las comediantas se acercó al maeso y, quitándose una cadenilla, le dijo de esta suerte:

—Mire, buen hombre, si al menos por esta noche puede valer por prenda esta miseria, que mañana Dios proveerá.

Miró el tal lo que le mostraban, lo tomó a peso y dijo después de meterlo en el pecho:

—No quiero que digan que soy duro de corazón y que no me ablandan lágrimas de mujeres; quédense luego y, como dice muy bien la bizarra, mañana dispondrá Dios lo que mejor nos convenga.

## CAPÍTULO II

### ANTES DE CORRERSE LA CORTINA

Siempre se ha dicho (y es gran sentencia) que dádivas quebrantan peñas, cuanto más voluntades, y así la cadenilla de la comedianta mudó en compasión la dureza del huésped.

Como la jornada había sido larga y angustiosa por la crueldad de Febo, que estaba en el apogeo de su monarquía, pues mediaba julio, apenas comieron los pobres unas sopas de ajo y un salpicón, con más cabra que carnero, se recogió cada uno donde le dispusieron y encomendaron todos a la dulzura del sueño el sosiego de los cuerpos cansados y de los espíritus vencidos.

A la moza que con su desprendimiento solucionó por el instante el problema quisieron sus camaradas darle primacía en todo, pero ella no lo consintió, y llegado el punto de ensabanarse no quiso que se sacrificaran por ella cediéndola un aposento (cuya cortesía habría de traer incomodidad para los demás) y se avino a meterse en una sala no muy amplia, con la segunda dama, la característica, más el niño que aquella traía en los brazos.

En lo que duró el breve yantar que por el mucho calor fue hecho en el patio de la posada, que era amplio y más bien cuidado de lo que suelen los de las ventas y mesones, no dejaron de tener curiosos los recién venidos.

Había dos cuadrilleros de la Santa Hermandad, unos arrieros que iban de camino y un bachiller de estos trashumantes que en llegando el descanso de las aulas y cierre de los libros, echan con su pobreza y picardía por pueblos y aldeas al aquel de vivir como puedan hasta comienzos del curso.

Todos, si no era la simiente de doctor que ya tenía costumbre, miraban los cómicos como cosa extraña y muy ajena de sí; el bachiller solo se empleaba en las mujeres, examinándolas a su gusto y parando al cabo la atención en la más bizarra de todas, que no era otra que la dadivosa de la cadenilla.

—¡Cuerpo de Dios!, y qué rejo tiene la bellaca —decía.

Y todo era dar disimuladas vueltas en torno, a fin de poderle mirar la cara a su talante y gusto.

Como la noche comenzaba a cerrar aprisa, trajo el huésped un velón que colocó en el centro de la mesa y dos candiles que colgó en las ramas de una parra frondosa que durante el día oficiaba de espeso toldo contra los rayos del Sol.

Y con el postrero bocado entre los dientes se fue cada cual a su aposento.

\*\*\*

Ya era día muy entrado cuando se levantó la comiquería, que ella no es gente muy madrugadora.

Se fue el *autor* en busca de la autoridad civil y eclesiástica y les pidió licencia para alzar el tinglado donde fuesen servidos.

Examinada la relación de las comedias que llevaban, que por cierto no eran muchas, se escogieron dos autos y *Don Diego de noche*, comedia al uso, más una tragedia heroica, que habría de ser, si mal no se me acuerda, *El gran sitio de Straslungo*, y para aquella misma tarde después de la fiesta se aderezó el espectáculo.

Como lo supo la camarilla, todo fue revuelo y bullicio, y ya no se dieron punto de reposo para prevenir lo necesario: ropas, trastos y telones.

Ya no era la tristeza de la tarde anterior, porque había esperanzas e ilusiones, y estas señoras son grandes y risueñas amigas de la Humanidad. Comenzaron a oírse voces alegres y aun cantinelas donosas que se esparcían muy bien por los ámbitos de la posada, saltando los bardales del patio para ir a fundirse en la calle, cayendo gratamente en los oídos de los aldeanos...

La comida de la farándula fue más bulliciosa que hubo de serlo la cena, y ya entre comensales y mirones se estableció más fraternidad.

El bachiller tuvo desparpajo bastante para conseguir un puesto en la mesa, y los arrieros y espoliques echaron asimismo su cuarto a espadas viendo la liberalidad de los comediantes.

Aún el huésped estuvo más humano y dio esperanzas de que si el pueblo daba en ello bien pudiera ser que saliesen de él sus mercedes más orondos y satisfechos que hasta allí salieron de parte alguna, pues si de su mano tomaba el corregidor el protegerles, no iban las gentes a hacerle un desaire, además que la cosecha había sido buena y abundante y el vaciar los graneros era tanto como llenar las arcas.

\*\*\*

No parecía sino comida de boda, según la algazara que había en el patio.

No lo pensaran ellos la noche anterior, cuando cayeron en el pueblo, que más mohínos y mustios acaso no estuvieron en todo el tiempo que andaban a la ventura amparados en el arte de las comedias.

El bachiller, viendo la ocasión propicia para sus chanzas, se metió por medio a todo su talante y no dejó rostro sin risa, según el buen arte que se dio en la cháchara, que era hombre de muy llano y gentil donaire. Mas todas procuraba que fueran en loor y devoción de aquella comediante de los ojos grandes y negros.

—Si necesitan de algún cómico de poca monta, siquiera no sea más que para decir «bueno está el tiempo» —decía el ensotinado— vean que aquí me tienen, y adviertan que lo podré decir con más verdad que otros, porque de esto y de cosas del cielo entiendo yo tanto como un pastor cabrerizo. Ya ven, desde ahora tengo por seguro que mañana ha de estar revuelto el día, porque los luceros de la señora dama tienen cerco, y aureola en los astros, señal cierta es de agua.

—¡Válgame, Dios! —exclamó la requebrada— y qué retórico a la bucólica está el señor estudiante.

—Y dígame el sabio celeste —habló el gracioso—. Si tan versado es su merced en la mecánica del Cielo que por ella se le alcanzan las cosas de la Tierra, ¿sabrá por acaso qué tal nos pintará la tarde después de la comedia?

Y la opinión del hablador fue que magníficamente, porque nunca otra tal compañía se había visto por aquellos andurriales, y que no más que con recibir de lleno el resplandor de los ojos de su merced, habrían de quedar todos sin voluntad y sin alma.

Los arrieros ya no los miraban con la extrañeza que en la tarde anterior y también metieron su cucharada en la charla, y alguno ya entrado en años, a quien decían el tío *Chamberga*, dio su opinión acerca de las comedias.

Él había andado en la Corte allá por los años de su mocedad sirviendo de paje a un médico, y había visto muchas comedias y notables representantes en los corrales de la Cruz y de El Príncipe.

Desde entonces muy contadas veces, por el mucho ajetreo que trae el andar por los caminos y negociar en los pueblos, había vuelto a regocijarse a costa de los cómicos, y esto porque fue tiempo de ferias que se halló en las de Valladolid, Palencia, Medina y Salamanca. Ahora tornaría a la afición, y a fe que como él les dijera que eran notables, ya podían andar solos por el mundo.

No les dio poco que reír aquel visto bueno que habría de sellarles el arriero, aunque no lo demostraron muy a la llana, por no espantarle, y con ello el real de su banco, y así le dijeron que en más honra y ventura tenían el trabajar ante una sola persona entendida, que entre mil ignorantes.

En esto entró el que entre ellos hacía oficios de *autor* y les dijo que dejasen la charla para cuando estuviesen más holgados, y que acudiesen ahora a aderezar y arreglar lo necesario, que no había de estar él hecho un azacán y ellos orondos y satisfechos como canónigos recreándose en los placeres de la mesa.

¡Pobres!...

Porque no haya quien sea de alma tan crédula que pueda tener por cierta la burla, yo les diré lo que merced a la liberalidad de la guapa comía la derrotada república de Agustín de Rojas.

Eran obra de diez, entre mujeres, hombres y tres muchachos que hacían oficio de asistencias, y para sustento de todos ellos tenían una sartén de migas sin torreznos de tocino ni tropezón alguno, si no era la dureza de algún mendrugillo que no pudo reblandecer el aceite de candiles aunque el huésped porfiaba que era el mejor caldo de olivas que vieron las campiñas andaluzas y valencianas, luego una fritada de oveja muerta (que no sacrificada) y dos hogazas hermanas de las migas, que tiradas con catapulta, hubiesen podido quitar la vida a un gigante... y no se cuente más porque más no había... ¡Ah!, sí, un vinillo ladrón más áspero que un alguacil del resguardo y más traicionero que Bellido Dolfos, el que dio mala fama a Zamora.

Y todo esto tenía aquel pecador, por motivo para regodearse y recrearse muy sin cuidado de toda otra cosa, como los seres más felices de este pícaro mundo.

Se alzaron al fin los manteles y todos se fueron como palomas desbandadas hacia el corral donde se pensaban que le estaban aguardando humeantes y sabrosas las ollas de Egipto...



### CAPÍTULO III

#### LOS CASCABELES DE LA FARÁNDULA

El pueblo, por lo que demostró, estaba ansioso de fiesta y en aquella primera tarde no dejó de halagar las esperanzas de los infelices comediantes acudiendo al corral donde hicieron las comedias.

Desde el comienzo de la tarde no dejaron de peregrinar mozas y jayanes con sillas y taburetes para la comodidad de sus amos, que es orden muy precisa de la farándula ambulante que quien no se preocupa de su asiento, por muy bien que haya pagado su entrada, vea en pie la comedia.

En no siendo las autoridades, cada vecino ocupa el sitio que le acomode y a ello le da derecho el madrugar a tomarlo, y aun de aquí han nacido muchas cuestiones que dieron con algunos en la incomodidad y tristeza de la cárcel, antes que en la alegría de la fiesta como tenían pensado.

La llegada de sus mercedes acogida fue con mejor ánimo que en la tarde anterior, cuando llegaron tan doloridos, acongojados y maltrechos. Ahora cada uno se había puesto lo mejor que tenía y mostraban pinta más razonable.

Mas ninguno de entre todos produjo tan bizarra impresión como la buena moza a quien todos llamaban *La Mariblanca*.

\*\*\*

No sosegaban los muchachos ni dejaban cosa en paz.

Voceaban como energúmenos de una parte a otra y dándose razones de entusiasmos y querellas lo atronaban todo.

Mozas y mozos formaron cazuela revuelta, que no como acá en la corte y en las ciudades, que hacen lugar para las mujeres solas, y ello es contra el buen orden de toda fiesta, pues ¿dónde parece el tiempo más blando y corto sino donde haya mullidos femeniles, que son la blandura más apetecible del mundo, tanto, que aun los merengues junto a ellos son como piedra berroqueña?

Un violincillo anémico y una vihuelilla tuerta, que en manos de dos cómicos mostraban sus lacerías, comenzaron a gemir desafinadamente.

Finó la musiquilla, y por entre el tabanque de palos y de trapos que formaba la escena, salió muy galán y afectado el *autor*, quien todo comedido y circunspecto cual si ante los mismos reyes de España se hallase, recitó la loa, que a decir verdad no estaba mal compuesta.

Parece que en su mismo caletre hubo de fundirse, y no era otra cosa (como de antiguo se tiene por costumbre en tales piezas escénicas) que una presentación de compañía y algo del argumento de lo que después habían de representar.

Siguió luego la primera jornada de la famosa comedia de D. José Cañizares, titulada *Don Diego de noche*, que pareció muy bien al respetable senado, quien ni por un

momento hizo demostración de premiar la labor de los cómicos con frutas y hortalizas, como de ordinario suele ser uso en la Corte, más que por justicia del fallo para diversión de grandes que gozan con el infortunio de los humildes y por satisfacción de ingenios envidiosos.

Después de que Talía dejó asentados sus fueros dignamente, llegó el fin de fiesta, que aun les satisfizo mucho más que la comedia, y ello era natural y lógico que fuese de esta suerte, porque estaba a cargo de *La Mariblanca*, que era la joya de la compañía, y tanto que en muchas partes se había preguntado la gente entendida cómo aquella mujer no asentaba en la Corte con más rango y fortuna.

Tornaron a quejarse la vihuelilla y el violín convalecientes con los preludios de un baile al uso.

Se corrió el trapillo y salió al tablado hermosa como una aurora de mayo *La Mariblanca*.

¡Vive Dios! que levantó más murmullos entre el concurso que las revueltas aguas de la mar en días de galerna.

Vestida iba tan a la ligera, que ir poco más fuera presentarse en cueros.

La hermosísima cara, ribeteada la llevaba con unos gestos de tan gallofa y carnal picardía, que no hubiera podido pasar en Cuaresma ni aun con todas las bulas acostumbradas.

Extremado era el escote, y los divinos globos del pecho, en nieve y rosa modelados, cuando no querían saltar los codiciados y bajos bardales del corpiño, pugnaban por hendirle con las rosadas y enhiestas puntas...

En la red de una sonrisa recogió todas las ansias pecadoras y comenzó su canción.

Cuando la terminó no había manos bastantes para aplaudirla, y aun se pensó llevarla en triunfo hasta la posada.

\*\*\*

De allí adelante tuvieron hartos agasajos y consideraciones del huésped, que como vio seguridades de cobrar les trató con más urbanidad y afecto que les había recibido.

Y más cuando el viejo caporal de todos en la mañana siguiente a la del triunfo de *Mariblanca* le dijo a tiempo de levantarse.

—Venid acá, señor hostelero, que necesito hablaros.

—Diga y mande lo que quiera vuesamerced —le respondió aquel muy humilde.

—Pues no es otra cosa, hermano —continuó el cómico—, sino que la joya que ayer recibisteis como prenda de nuestros hospedajes, luego le sea devuelta a quien os la dio a cambio de la cantidad que entre todos os adeudemos, y así y todo recibid gracias por la merced que nos hicisteis con recibirnos, aunque de haber tenido la desdicha de no poderos pagar, bien cobrado os lo teníais de antemano con no volver la prenda y ponernos en la calle; pero Dios y San Ginés son misericordiosos y se han servido de que no haya lugar.

—Amén —dijo el maese, y añadió socarronamente—: Y yo os felicito de que todo se haya arreglado a pedir de boca, porque pensar que yo habría de resignarme a no cobrar mi hacienda es pensar que ahora es noche oscura, siendo como es mañana espléndida del ardoroso julio.

—Eso tengo yo olvidado, que no sabido —replicó el comediante—, mas también tenemos por acá nuestros recursos e industrias contra la codicia, pero puesto que el negocio pintó mejor que se esperaba, no se hable palabra y diga qué se le debe.

Echó el hombre la cuenta por los dedos, y, como no era retrasada, halló que a razón de cinco reales cada uno montaba cincuenta.

Les dio luego el viejo, y el huésped volvió la alhajilla de *La Mariblanca*.

Aquel trajinante curtido por el sol de todos los caminos castellanos y manchegos, que en la Corte fue paje de un médico, les dijo:

—A fe que ya pueden sus mercedes correr el zancajo y triunfar donde triunfen los mejores. Acá la señora *Mariblanca* da quince y raya a la que mejor lo hile en el oficio. Algo bueno diera yo por oírla cantar los villancicos en la misa de Pastores, pues a fe que tiene que hacerlo como los mismos arcángeles y serafines de la gloria, que cada día los cantan alrededor del trono del Altísimo. Tan buen sabor de boca me han dejado, que si me dan licencia, corre de mi faltriquera dos azumbres de lo mejor de la Nava.

Y para que el ofrecimiento no quedase en dicho, luego mandó que se pusieran de manifiesto y se bebieran en santa paz.

El bachiller tomó plaza entre los festejados, y parece que hizo y dijo muy notables cosas que fueron recibidas por todos con mucho contentamiento.

\*\*\*

Por más de ocho días navegaron a todo viento las inquietas naves faranduleras, teniendo por almirante a la gentil *Mariblanca*, que era encanto y recreo de todos los sentidos; por más de ocho días tornó a cantar después de la comedia, y por más de ocho días la pacífica y escondida aldea se alegró el alma con el sonido de los cascabeles, pero al cabo de ellos aconteció que se cambiaron las tornas de muy mala manera, y fue de esta suerte.

## CAPÍTULO IV

### EN EL QUE SE CUENTA CÓMO ACAECIÓ LA MALA VENTURA DE LOS CÓMICOS

*La Mariblanca* no solo despertó las dormidas sensaciones de emoción artística en la gente aldeana, sino que también en las veredas del pecado mortal proyectó sombra.

Muchos fueron los galanes que quisieron prenderse en su carne, y aun los hubo que en su corazón. Muchas noches fue la reja imán de rondas y bureos que lo más granado del mocerío compuso coplas para ella, pero, aunque en principio le hiciera gracia a la niña, ninguna noche llegó a quitarle el sueño, antes bien, el mismo rasgueo de las vihuelas y el sonsonete de la canturía le ayudaron al dulce y ordinario tránsito.

Pero quien llegó a más fue un mozalbeta hijo del regidor que se pensó que todo el monte era orégano.

Desde el primer día en que viera el garbo y majeza de *La Mariblanca*, determinó apuntársela a su cuenta y aun dejarla agradecida.

Vio que el bachiller de la posada a quien llamaban *Latines* era bien atendido por los cómicos y favorecido con la charla de ella y, desde luego, pensó que fuese el mejor escabel para llegar y conseguir sus propósitos.

Habló con él una tarde, y sin duda lo hizo tan a lo vivo y con tan buenas promesas, que desde luego el hombre, horro de aprensiones, se propuso ayudarle en lo posible.

No le fue necesario esperar mucho.

Se hallaba *Mariblanca* a punta de noche hecha un rayo de luna divirtiéndose con festejar al niño de aquella otra compañera que se dijo en el primer capítulo, cuando se le acercó el taimado de *Latines* haciendo las bojigangas y batimanes que solía.

—Y ¿qué hace —le dijo— la espuma de las comediantas de España?

A lo que ella respondió con mucho gracejo mostrándole la criatura:

—Pues mirando cómo habrá forma de hacer un muñeco de estos sin que sufra el molde, que si tal no acaeciese y fueran tan bonitos como este, yo me daría prisa para traerlos por docenas.

—Si por acaso piensa su merced en poner fábrica, mire que no se olvide de que aquí tiene un oficial y que puesto a destajo lo hará más barato que oíros.

—Voacé —respondió la moza— pienso que no valga más que de aprendiz para calentar el horno.

A que un tanto picado tornó a replicar *Latines*.

—Y aun para meter ascuas como mi brazo.

Y *Mariblanca* remedó graciosamente un estornudo como si una recia e inesperada bocanada de aire le hubiese constipado muy bien.

—No es cosa de sacar aquí los papeles y hacer examen de maestro —continuó el sopista—, que si no ya vería quién es Calleja, y aun puede que pensara que de esta facultad tenía borla alcanzada por la misma Universidad de Bolonia, pero bueno es que sepa que, si desconfía de mí, no estoy tan solo en el mundo que no haya almas caritativas que me abonen.

—Famoso protectorado y nunca otro igual vi en mis días —dijo bulliciosamente la cómica, y añadió el ensotanado.

—Dejando las chanzas y yendo a las veras, porque la quiero bien y me da pena el considerar los apuros con que anda por esos caminos para divertir a los demás, he de decirle que hay aquí quien la quiere tanto y más que a las niñas de sus ojos y diera los tesoros de Indias si fuera necesario, no más que porque le consintiera como criado.

Al pronto entendió *Mariblanca* que *Latines*, acuciado inopinadamente del mal de amores, hablaba por cuenta propia, y así, un poco ofendida, le respondió con alguna altivez:

—El hombre me ha mirado mal y me ha estimado menos, sin duda engreído por la liberalidad de mi carácter, que esto tiene, como dice el refrán, el dar mocos a quien no tiene pañuelo. Estudie primero, hágase hombre de provecho, busque acomodo y luego busque novia, pero no por mi huerto, que todo él está sembrado de calabazas.

Entendió y sintió en el alma *Latines* el desprecio, pero no lo tomó en cuenta y continuó de esta suerte:

—Téngase mi reina, que por esta vez va demasiado lejos, y así en lo dicho no me tenga por parte sino por consejero que desea su ventura. Yo por mí no quiero nada, ni si me lo dieran lo aceptaría, porque no le están bien cargas al que apenas puede con su propio cuerpo...

—¿También alcahuete? —le atajó ya de mal talante la cómica—, pues, diga hermano, que no tiene el diablo por donde desecharle...

—Puede que así sea—replicó el cínico—, pero todo es vivir. Su merced, que medra de desmenuzar flores de ingenio, ¿no conoce por acaso un famoso libro que compuso un manco, en que de este piadoso menester se hace un alto elogio y es de esta suerte?:

«... no es así como se quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada y que no lo debía de ejercer sino una gente muy bien nacida y aun había de haber veedor y examinador de los tales, como lo hay de los demás oficios con número deputado y conocido como corredores de lonja, y de esta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más o menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que a la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano y no saben cuál es su mano derecha...». Ya ve, pues, mi reina, que el alcahueteo es honrado oficio, y aun puede que andando los días, aunque ni voacé ni yo lo veremos, se instituya orden y tenga privilegio para traer un hábito puesto a los pechos...

—Ciertamente que me va dando el señor bachiller ansias de asco —dijo *Mariblanca*, comenzando a salirse de las lindes del buen tono.

—Eso se borre, si no son muestras de preñado —replicó el sopista—, y atienda mis consejos, que son de amigo que la quiere bien y mira por la buena salud de su faltriquera. Su merced no tiene más que dejarse querer, sin que ella llegue a tanto. En manos está el pandero que le sabrán tocar, sin que mi niña tenga que emplear cosa de su parte...

*La Mariblanca* era moza que cuando le tocaban en las celdillas del gusto había de ser por voluntad y capricho de ella, pero nunca por codicia ni oficiosidad de tercero, y así, no pudiendo sufrir por más tiempo la embajada de *Latines*, asió de un canto nada hueco que halló a la mano y dándole con él en lo alto de los sesos le descalabró muy bien.

No esperó a mirar la grandeza del daño que causó con la pedrada, tan certeramente dispuesta que si secundara no necesitaría *Latines* de otros que aquellos que le cantaran en el oficio de difuntos, y embrazando la criatura con que se entretenía, se metió tranquilamente en la posada.

Cuando *Latines* acertó a volver en sí del atontamiento, no quiso dar parte ni razón del entuerto sufrido por su alcahuetería, se quitó la sangre lo mejor que pudo con agua del pozo, y se fue, determinando que aquello no quedase sin tomar cruda y cruel venganza...

## CAPÍTULO V

### QUE ES CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Así como *La Mariblanca* dio con los suyos, que en la cocina de la posada esperaban la hora de la cena (y pocas veces les había acontecido el bien de esperarla con tanto sosiego), le dijo a Rodrigo el *autor*:

—Diga, maestro, ¿tiene su merced mucho interés en que sigamos en el pueblo?

—¿Y cómo que si tengo? —preguntó a su vez el interrogado, con muestras de gran asombro—. ¿De manera que es este el primer lugar donde después de muchos meses nos hallamos con un poco de ventura, y ya quieres que levantemos el vuelo? Aquí hemos de estarnos mientras ellos no se cansen, que en lo que hace nosotros, fuerzas y arranques tenemos para no cansarnos en todos los días de nuestra vida, siquiera sean tantos como los que vivió el padre Adán.

—Lo digo —tornó a hablar la moza— porque yo ya hice una de las que suelo cuando se me propasan y a mí no me parece bien el atrevido o no estoy en mi punto.

—¿Pues qué hiciste, pécora de Barrabás, que ya me tiemblan las carnes de oír en tus respuestas el prólogo de nuestra ruina? —tornó a preguntar Rodrigo, lleno de angustia.

Y entonces la pujante moza refirió la zalagarda habida con *Latines*.

—¡Válganos Dios, y te lleven los demonios, que nos has perdido!, ¿pues qué más te daba entretenerle con buenas palabras hasta el punto de marcharnos y hacer luego la procesión del niño perdido?

—Ta, ta —dijo *La Mariblanca*—. En este orden de mi propia persona sí que no consiento más ley ni parecer que los míos, que es cosa de mi gusto. Podrá su merced, señor Rodrigo, mandarme estudiar las comedias que quiera, siempre que sean de mi agrado, y repartirme en ellas los papeles que dispongan, como sean de mi cuerda, y bajarme o subirme el partido, siempre que yo se lo tolere; pero mandarme tender boca arriba es cosa sobre la que solo la sangre tiene privilegio; así es que vaya mirando lo que se ha de hacer, porque me parece que aquí está a punto de nublársenos la buena estrella.

Y, cantando a media voz y con muy buena gracia una letra pícaro y más verde que un apio, en la que sabía hacerse aplaudir de lo lindo, dejó la camarada y se metió a buscar la soledad de su aposento.

\*\*\*

*La Mariblanca* era veleidosa y antojadiza por extremo, y en manera alguna consentía (aunque fuese en contra de su propio bienestar) intemperancias ni mandatos de nadie, y esto no solo en la parte de su persona, sino en la de su oficio.

Muchas veces aconteció rebelarse contra la orden de un regidor que quiso ver tal comedia y ella no vino en representarla porque no era de su gusto, y antes que ceder consintió en dar en la cárcel con su bella humanidad.

Le hubieran repercutido en las celdillas del capricho la estampa del galán aprovechado o las mañas y procacidades de *Latines*, y habría abierto de par en par la apetecible lonja de su concupiscencia, mas no fue de este modo, y así a su lado parecían ansiosas desenvueltas coimas las famosas autoridades de la honestidad que fueron en el mundo Porcia, Lucrecia y Julia.

Muchas veces, padeciendo grandes privaciones del estómago, nubló el brillo del oro de México y de la plata del Brasil, y más de otras tantas satisfizo las picazones de la carne pecadora en el verdor de los prados y en los desvanes de los mesones. No le dijieran a ella: «¿Cuánto vales?», sino «¡Cuánto me gustas!...», no la preguntaran «¿Cuántos reales tiene una onza?», sino «¿Cuántos aldabonazos aguantas en el postigo de la vida?».

A los arañazos de la avaricia, prefería los azotes de la lascivia. Sus pecados merecen indulgencia y disculpa de las virtudes, porque siempre se dio por devoción a Venus, pero no se vendió una hora por pleitesía a Mercurio.

\*\*\*

Para la función del siguiente día quiso el *autor* echar la casa por la ventana (como decirse suele), y aunque pocos medios había para ello y hay siempre en el apartado rincón de una aldea, pensó en poner como mejor le permitiera su ingenio, y la buena voluntad de los vecinos, una *comedia de teatro*.

Antes de pasar adelante, conviene decir que en la mecánica de la Farándula hay dos géneros de representaciones, *las comedias de teatro* y *las comedias de cortina*.

Se denominan *comedias de teatro* aquellas en que por la especialidad y relativa importancia de su argumento requieren de cierto lujo, así en la indumentaria de los cómicos, como en la gala de la presentación escénica, y se necesitan bastidores y telones pintados. Las *comedias de cortina* son las otras al uso ordinario que no requieren aparato, y solo tienen dos lienzos al foro ante los que, mediante la palabra explicatoria de gracioso y la buena voluntad del auditorio, se desenlazan las jornadas de la farsa imaginándose que acontecen en los más diversos lugares.

Digo, pues, que el *autor* pidió auxilio al vecindario con la anuencia del regidor, y así pasaron a la fauna femenina sayas, mantelos y arracadas de día de fiesta con que se aderezó el indumento para hacer la famosa comedia de D. Pedro Calderón de la Barca *El garrote más bien dado* y *Alcalde de Zalamea*.

Hacia *Mariblanca* la figura inocente de la forzada Isabel, y era menester vestir el tipo con arreglo a la holgada condición del rico labrador Pedro Crespo, que

... siempre entre sus iguales  
fue tratado con respeto,  
y hacen de él estimación  
el cabildo y el concejo.

Se pidió una saya leonada, con montera de terciopelo y toca de muselina. Aquel hidalguelo aficionado de *La Mariblanca* y amigo de *Latines* ofreció y puso al mandar de la cómica, junto con unas valiosas arracadas y lindísimos zarcillos de coral, la que era de uso de su hermana en las fiestas mayores.



De buena voluntad admitió el favor la moza, y acaso por agradecimiento (que de pechos nobles es ser agradecidos y corteses) lo pagó con una de sus más seductoras sonrisas, que el hombre en su afán de jugar con ella a la jineta tradujo por deleitosas esperanzas.

La prestación entendió que le daba fueros para estar más cerca de ella, y así no le perdía pisada. Pero en cuanto comenzó a reiterarle su quimera, como era zafío y de malas partes, volvió *Mariblanca* a las andadas y le paró tan en seco, que mejor se hubiera el hombre holgado de verse en medio de la corriente de un río y con el agua a las puertas de la boca.

No cedía en su pretensión, y por mejor hacerse entender, ya que las palabras se las llevaba el aire, quiso encomendar su logro a las manos, y en ello estuvo su más completa y definitiva derrota.

El bufido que le dio *Mariblanca*, sustentado en sus particulares teorías de moral, puede decirse que se oyó en los confines de la tierra, y aun fue mucho el que no confiara a las manos, como en la posada, la venganza y castigo del atrevimiento.

Mucho se dolió el voluntarioso del desvío, y ya no pensó en otra cosa que en castigar el orgullo, como le tenía aconsejado el bachiller.

Dejó que prosiguiera la función y determinó que a tiempo de acabarse hubiese inicuo reparo el fracaso de sus deseos...

\*\*\*

Si la moza era una mostaza que levantaba en peso a los hombres cantando pícaras donosuras y despertaba los más dormidos deseos, puesta también en el lastimoso campo de la tragedia era fuente del sentimiento y torrente de la emoción.

Admirables y dignas de todo laudo eran su braveza y pujanza en aquel pasaje cuando por la fuerza y astucia va tras ella el capitán, y más tarde en la postrera jornada, cuando en los brazos de su padre afligido y humillado hace relación de su deshonor, alcanzaban sus gemidos las más altas esferas de lo desgarrado y patético.

El pueblo todo se ponía en pie, y con verdadero frenesí, que en el delirio era rayano, la aclamaba y subía a la cumbre donde triunfaron, triunfan y triunfarán las más insignes comediantas que tuvo, tiene y tendrá el jamás como se debe alabado Teatro Español.

Nadie dijera, mirándola en aquel fingido trance, que era en la vida real tan suelta y desaprensiva que no miraba más que a la satisfacción de los caprichos de su temperamento.

Más que decir y llorar los agravios y vejaciones que el capitán la hiciera en la soledad del bosque, parecía escupir con asco los besos que la estampara en la boca, y se diría que a puros arañazos quería borrar de la hermosura de su cuerpo las huellas de las manos sensuales y acariciadoras.

Se corría la cortinilla y ya era la que solía: el alma sin arte y la sangre encanallada.

Muchas veces dijo representando esta comedia inmortal.

—Hoy estoy yo de vena. Ya le diera yo una doblilla de a ocho a quien me hiciera bueno el revolcón del bosque.

Y luego saludaba muy humilde y risueña a las gentes que también había impresionado hasta el punto de hacerles tomar como verdad cruel lo que estaba representando.

Hacía después el entremés chabacano, todo desenvoltura y bellaquería, o cantaba la tonadilla que era pimienta molida, y otra vez con muy distinta emoción ganaba voluntades y admiraciones.

Decían los más acostumbrados a comedias que era lástima que se desgraciara en los pueblos sin triunfar en los teatros de la Corte. ¡Cuántas sin tanto donaire privaban en ellos como primeras y aun no había lugar para colocarlas al llegar la hora de los elogios!...

\*\*\*

En lo que *Mariblanca* fingía con pujos de tantas veras sobre las tablas, toda desmelenada y maltrecho el duelo de su deshonor, entre *Latines* y el regidorcillo le labraron la pesadumbre y fue hurtarle del zaquizamí donde se vestía los zarcillos prestados.

Como miró por ellos y no los hallara allí fue el poner el grito en el cielo, y mover (como dicen) Roma con Santiago.

Lo echó primero a tierras de la burla no pensando que pudiese haber quien la quisiera mal, pero en cuanto advirtió que la cosa iba de veras, allí fue el representar la tragedia de Troya.

Cuando más fuera de razón estaba, antes que por la pérdida, mirando quién era el dueño de lo robado, se le acercó *Latines* seguido del otro y el único alguacil que había en la aldea.

—Pues, que le dijo: ¿Aún no se ha terminado la comedia, que todavía prosigue mi señora *Mariblanca* haciendo pucheros y lamentaciones?

A que de buena voluntad y como alma sencilla, respondió aquella otra cómica enferma que era madre del niño con quien *Mariblanquilla* divertía las horas de descanso:

—¿Qué tiene de representar? si está sufriendo la más verdadera tragedia que ha visto de cerca en todos los días de su vida. Aquellos corales que le prestaron se han desaparecido de aquí como el humo. ¡Malos lobos se coman las manos que los llevaron!

—¿Quién se habría de alzar con ellos si aquí toda es gente honrada y de bien? Esto no es más que *Mariblanca*, que tiene conciencia del oficio, está ensayándose para algún papel nuevo.

—Lo hace de perlas —dijo el otro bellaco—, mas porque se le aquiete el espíritu y ni de burlas le den pesadumbre esas joyas, tráigalas acá que los necesita mi hermana.

Dijo la acongojada que era cierto que no los tenía, pues una mano malvada, enemiga de su ventura y buen nombre, en lo tocante a no tener cosa que no fuera suya, le

había hecho aquel agravio, pero que, si no los hallaba, ella estaba dispuesta a pagarlos muy cristianamente real sobre real, aunque para ello tuviese que quedarse sin comer.

—No sé cómo ello pudiera ser si tal desdicha fuese verdadera —dijo el mal acondicionado mozo—, que no ganáis vos, ni aun poniéndoos un año cara al cielo, lo que valen los zarcillos en su justo precio sin poner ni quitar un maravedí.

Encendida y fulmínea como el amanecer del sol se puso *Mariblanca*, que aun las palabras, de pura ira y rencor, porque comenzaba a entender la mafia del juego, no acertaban a tomar puesto en los labios.

Antes de que se repusiera habló otra vez el regidorcito.

—Dejemos, pues, las farsas, que solo para donde se representan son buenas, y dad acá los corales.

—No se sofoque mi don Gaspar —dijo *Latines* en tono de burlesca reconciliación—, que yo sé que, si lo perdido no aparece, con joya más del gusto de su merced puede satisfacerle. Y cuando no, entre Lobillo el alguacil y dé con la señora *Mariblanca* en la cárcel, que allá en la soledad puede que recobre la memoria y sepa qué empleo hizo de lo que le fue entregado con tanta confianza y buena voluntad.

A este tiempo ya se habían ido haciendo cargo los demás comediantes y formaban corro en torno de su compañera, a quien toda su habitual alegría se le tornó en desesperadas lágrimas.

Como se percataron del suceso, todos creyeron en el robo y nadie en maldad de la moza, y así eran en masa a procurarle consuelo y compadecerla.

El *autor* fue quien se creyó en el caso de salir fiador de los fueros de sus gentes y aun más de *La Mariblanca*, a quien de todo pensaba capaz menos de tomar un alfiler que no fuese suyo, y así, haciéndose paso por entre todos, se acercó al grupo principal y habló de esta manera:

—Señores, he oído no sé qué del hurto de unos zarcillos prestados a *Mariblanca* para la función del Alcalde, y más odioso que el delito en sí es que quiera hacerse culpable a quien se los dejó hurtar. Quítese del pensamiento tan villana sospecha, y aun no se apunte con ella a todos nosotros si es que la pelota viniese rebotada.

—¿Y quién le saca al señor cómico de su oficio para meterse en la abogacía sin previa licenciatura? —le dijo *Latines*.

—No sé con qué derecho lo pregunta, y si pluguiese a Dios que estuviésemos solos ya le respondiera en forma que la respuesta le dejara cumplido; mas porque estamos entre tanta gente honrada, no contando a su merced en ella, voy a responder mansamente. Me hace entrar en este pleito el ser, con la venia de la compañía, *autor* de ella, y luego el saber que todos juntos y cada uno por separado no toman más que aquello que es suyo legítimamente. Muchas veces antes de ahora nos acaeció el estar todo un día sin esperanza de saber lo que era gracia de Dios, y teniendo medio de satisfacer el hambre no más que con alargar la mano y asir de una hogaza, no lo hicimos por no haber con qué pagarlo. También en alguna ocasión apurada nos tentó el demonio con ponernos delante cosa de valor que pudo sacarnos de apuro, y aun quedar honradamente ante los demás, pero nunca

sobre esto tuvimos que dar pesadumbres a la conciencia. Así es que yo digo por mí y por todos: no niego que a la señora Lucía de Pablos, que por otro nombre dicen *La Mariblanca*, le hayan hurtado esos abalorios...

—¿Cómo abalorios? —fue a decir *Latines*, espantándose de que se hiciera menosprecio de tan magníficos corales; pero la mano recia de Rodrigo no le dejó acabar el concepto, porque posándose rudamente sobre la pobre humanidad del sopista dio con él en tierra.

Como si ello no fuera cosa de más importancia, prosiguió dignamente el cómico, y a fe que estaba mejor que cuando representaba sobre las tablas del teatro.

—... pero niego y negamos todos que ella los retenga en su poder, mas, si como parece, hay empeño en que ella aparezca culpable, digan luego a cuánto asciende el valor de esas baratijas, que de nuestra ración diaria lo pagaremos todos de muy buena voluntad.

Asintió el resto de la farándula y por un instante se hizo un profundo silencio.

El regidorcillo, mirando no más que al deseo que tenía entre ceja y ceja, porfiaba en que *La Mariblanca* era la culpable y ella sola tenía que ser la castigada y que él no quería dineros.

*Latines*, así como vio que la cosa se ponía de no buena faz, se escurrió bonitamente con su golpe y no le hallaran los podencos de más fino olfato.

El mozo, queriendo llevar la comedia concertada hasta el último extremo, mandó al alguacil que llevase a la cómica a la cárcel, mas no llegó el ministro ni a su lado, porque así como lo oyeron los cómicos cercaron más estrechamente a su compañera, y lo habría pasado mal quien se le acercara con intento de agravio.

La gente del pueblo se percató de que con los cómicos estaba aconteciendo algo anormal y se fueron acercando.

Ya desde la calle se oían claramente los denuestos con que la calumniada hacía protestas de ser inocente, y aún con más claridad llegaban las nobles y recias palabras del *autor*.

Juraban a Dios, el regidorcillo y el alguacil que de por fuerza se habían de llevar la cómica, y los cómicos en que no, y para mejor hacer buena su defensa iban echando mano a las espadas, cuando atraído por el revuelo acudió el regidor de la Villa, dispuesto a hacer el oficio de su autoridad. Todos se quietaron y cada uno esperó a ser preguntado.

Iba de por sí a tomar el turno primero el mozalbete, cuando quiso su mala ventura que llegase un gañán de la posada, el cual, poniéndose en medio del corro, habló así:

—*Latinillos*, el bachiller me manda con estos corales, porque dice que en poniéndoles de manifiesto al instante se acabaría la marimorena en que parece que están ustedes. Dice que él los tomó por burla del aposento de una cómica, que le perdonen si son servidos y si no también, porque por evitarse palabras vanas ha puesto tierra de por medio, y que si algo más quieren saber para sustanciar este proceso, lo pregunten al señor Pedro López, hijo del regidor.

Todos quedaron haciéndose cruces de la bellaquería, el mozo, que quisiera que la tierra se abriera bajo sus pies y la justicia corrida y sin saber qué camino tomar...

## CAPÍTULO VI

### SOBRE LA MARCHA Y RACIÓN DE CUENTOS

Más que corrido quedó el bellaco de Pedro López, con la cobardía de *Latines*, y no perdonó medio para encontrarle y darle las quejas de su traición de manera que no lo olvidase por todos los días de su vida si es que le dejaba alientos para seguir viviendo.

Nadie le vio salir del pueblo, y así el rencoroso tuvo que tragarse toda la bilis que el mal paso le produjera. Mas lo que no se le quitó de la mente, antes si cabe tomó más fuerza de la que ya tenía, fue la idea de lograr venganza de toda la nave histriónica. Él no podía quedarse con tal agravio en el alma, ni con las huellas en el cuerpo, de aquellos varazos que le asestó su padre con el mismo honrado tributo de su justicia en cuanto supo ciertamente la verdad de todo. Mas que luego le desollaran vivo, él tenía que hacer una que fuese sonada.

Los cómicos, que de suyo son agoreros y supersticiosos, como gente baja los más y de poca cultura, criados con todos los resabios y prejuicios del pueblo, tuvieron aquel pasaje desdichado como punto de partida hacia nuevas desventuras, pensaron que lo bueno que les tuviera que ocurrir allí había sido ya, y así determinaron renunciar a la ganancia echando hacia otros puntos.

Y a la tarde siguiente, cuando Febo comenzaba su carrera triunfal con los fueros que suele en los finales de junio, emprendieron ellos nuevamente hacia otras tierras uno de más ventura, de menos peligro que el que allí había comenzado a labrarseles, que no hay bienandanza que estas gentes gocen por mucho tiempo.

Mucha pesadumbre les daba, pero como por el rigor y regalo con que indistintamente suele tratarles la vida, se hacen a todo sin notable violencia, no era cosa que les quitara el humor por entero, pues llevaban las faltriqueras muy bien acondicionadas.

Como era tiempo de estío y las cosechas parecían abundantes, tenían grandes esperanzas de que la suerte no se les mostrara tornadiza, sino muy al contrario, tanto que les permitiera esperar sin espanto las crudezas y privaciones del invierno.

Aun la misma mala andanza que les arrancó de la aldea, les sirvió como motivo de chanza con *Mariblanquilla*.

—Anda, mujer —le decía una—, que querían ponerte la ventura en la mano, y tú, desagradecida, la has tirado por la ventana.

Y otra:

—Pues no todos los días llueven buenos partidos.

A lo que el *gracioso* se creyó en la obligación de atajar por hacer buena la razón de su oficio.

—Y esto tú lo sabes como nosotros, que hasta ahora poco, más hacía de medio año que no cobrábamos un partido decente, y los únicos bien *partidos* éramos cada uno de nosotros.

—Sí que teníamos poca fortuna; desde que salimos de Zaragoza a fines de octubre no pude hacerme ni un par de zapatos, que me eran tan necesarios como la salvación del alma, y aún más, que no sé yo si el camino de la otra vida será bueno para andarle descalzo —habló Marquillos Ossorio, que hacía las partes de vejete.

A que dijo el galán:

—Teníamos más desgracia que los cómicos de Madrid.

A lo que respondieron la mayoría:

—Hombre, no tanto; llevas las cosas a unos extremos... Tan mal como los comediantes de la Corte no están los presidiarios de Ceuta.

—Aquí siquiera tenemos libertad y mandamos en nuestras personas; pero allí ya sé yo de quien una trabucación en una mala comedia le ha costado dormir muchos días en la cárcel...

Y echando la charla por estos derroteros, se trajo a cuenta la mala vida de los cómicos en Madrid, bajo cuyo título pudiera componerse muy bien un interesante tratado de la Farándula en la Corte de las Españas durante la centuria decimioctava.

Hablando y andando, llegó la hora del mediodía, y como la marcha era despaciosa, les pilló en pleno campo, lejos de pueblo alguno y sin esperanzas remotas de posada ni mesón.

El calor apretaba y los estómagos pedían reparo, por lo que viendo cerca un frondoso bosque, cuya sombra y frescura convidaban muy bien a pasar en él las abrasadoras horas del estío, dirigió allá los pasos la entrapajada cabalgata...

\*\*\*

Sobre el verde césped, que es más bello mantel que el de las mesas mejor provistas, se dispuso el yantar, que fue consumido con toda clase de honores y alegría, como si las privaciones y angustias anteriores no hubiesen nunca pasado por ellos...

*La Mariblanca*, con el pequeño de la camarada en los brazos, apenas atendía ni prestaba atención a cuanto pasaba en su torno.

—¿Qué no diera yo por tener un garrapiezo como este? —decía—. Me parece que no llegaba a mayor, porque me le comía.

Y baboseaba al chiquillo, quien con grandes risotadas hacía demostraciones de estar muy a gusto en los brazos de tan buena amiga.

¡Cuántos hubiesen dado algo bueno por trocarse con él!

—Oye, Jusepa —continuaba—, tú que ya tienes tres, ¿por qué no me vendes este?

A que respondió otra:

—Miren la vaga, ¿por qué no los haces tú?

—Por eso precisamente —respondía con gracioso cinismo—, porque siempre que me he puesto se me ha ido el santo al cielo y dejé que la masa se desperdiciara.

—¡Agua va! —exclamaban los hombres.

Y las mujeres:

—¡Anda, burra!

—Si te estuvieras quieta —tornaba el gracioso— no habría peligro, y a fe que saldría todo como Dios manda; pero sí, buena eres tú. Me gustaría verte; cualquiera te pone freno.

—Pues no serás tú, que yo no sirvo para mula de alquiler, y en cuanto a moverme me atengo aquello de si no anda el molino no muele la piedra.

—A propósito de caso de movimiento —prosiguió el gracioso—, he de deciros un lindo soneto, que a los extraños suelo recitar como cocido en mi meollo, pero a vosotros, como hermanos que sois en Jesús y en San Ginés, os diré que es de un ingenio valenciano que se llamó Micer Rey de Artieda.

—¿Es fruta verde? —preguntó Rodrigo, el autor.

—No del todo —replicó el otro—, que tiene sus pintas de madura.

—Pues entonces venga para postre —arguyó otro.

Y el cómico recitó con mucho donaire, como si en lugar de traerlo solamente hilvanado en la memoria, lo estuviera representando:

Doña Mariguzmán se retrataba  
en casa de un pintor famoso un día,  
que hasta el meneo y el aire la cogía  
con artificio y con industria brava.  
La libre moza tan inquieta estaba,  
que casi retratarla no podía,  
tanto, que la juró que dejaría  
tabla y pincel si más se meneaba.  
Ella le respondió: «Señor maestro,  
bien podré yo dejar de retratarme  
de vos o de otro artífice más diestro.  
Mas nadie a ley tan dura ha de obligarme,  
que así como es oficio propio vuestro  
pintar, así es el mío menearme.

Celebrado fue el sonetico, y aun pareció también que alguno pidió que se lo dejasen trasladar, y como en materia de cuentos y besos acontece lo mismo que con las cerezas, que tras de una se viene un centenar, cada cual comenzó a recordar una



bellaquería ingeniosa, y las hubo de muy buena gracia, aunque todos tirando a la parte baja, por donde se pierden las mujeres y los hombres.

Se alzó *La Mariblanca* y todos comenzaron a temblar, porque la conocían bien y sabían que no pararía en barras.

—¡Dios nos asista!, que si Él no la tiene la intención y le sujeta la lengua, hemos de quedar todos descomulgados —dijo una de las mujeres.

—No se trata más de pintar el buen humor de una ansiosa recién casada; tiene mucho donaire y picardía, y yo sé que habrán de agradecérmelo todos y aun pedirme alguno de recambio; mas no haré tal, porque mañana pienso limpiarme de esta culpa confesándome.

—Bueno, no exordies más, y venga luego el soneto —dijo Rodrigo.

Y ella comenzó:

Casó de un arzobispo el despensero,  
y la noche en que el novio se acicala  
para hacer de la novia cata y cala  
y repicar el virginal pandero,  
le dijo el secretario: «Por mí quiero  
que un cañonazo la tiréis con bala».  
Lo mesmo el mayordomo, el maestresala,  
veedor, caballerizo y camarero.  
Llegado el plazo, el caso sucedido  
contó a la dama y trece golpes dióle;  
siete por él y seis encomendados.  
Durmióse, y ella dijo: «¡Ah, del dormido!»  
él despertó, la niña preguntóle:  
«¿No tiene el arzobispo más criados?».

Se rieron mucho, tanto por la gracia del cuento rimado, como por el buen arte y picardía con que le supo decir Marisalada.

—A fe —dijo *Pabillos* el gracioso— que esa mi señora, de quien me holgara saber dónde vive para servirla en lo poco que pudiera, no se avendría nada bien con aquel saludable consejo que dicen que aconsejaba, con la notable autoridad de su ciencia del mundo, don Francisco de Quevedo, la cual, ya que la tarde se ha metido en agua, quiero también recordar con vuestro permiso:

Una en buena cuenta, no hace cuento,  
dos veces, ya podrá decirse una;  
más una sola, dígole ninguna;  
de gentileza tres es argumento.

De cuatro, valentía es el intento;  
de cinco, su blasón es la coluna;  
y si hay quien llegue a seis con su fortuna,  
bellaquería es y atrevimiento.  
Deben tener las cosas su medida;  
con mucha miel se estragan los guisados;  
lo dulce, cuando es poco es agradable:  
remítase a la cuenta la comida,  
antes que los caballos mal usados  
algún torzón padezcan incurable.

—Su merced estaba en lo cierto —apoyó Rodrigo—, que lo mucho siempre da empacho y causa poco gusto.

—Eso no va conmigo —replicó *Mariblanquilla*—. Yo como hasta hartarme, sin que me pare a ver si el hacerlo despacio cumple más o menos, que allí donde se acaban las ganas dejo el plato, y no se hable más del asunto —continuó tomando en sus brazos al mocosuelo de la Jusepa— que hay criaturas en el corro y pueden tomar mal ejemplo.

Durmieron todos un poco hasta que el sol cesó en su tiranía, y al caer de la tarde se puso en marcha la Farándula, que quería llegar antes de ser noche a la aldea vecina, la cual distaba tres leguas de aquel sitio.

## CAPÍTULO VII

### DE LO QUE ACONTECIÓ A LOS CÓMICOS EN LO INTRINCADO DEL BOSQUE

Llevarían caminando como obra de dos horas y no tenían ni aun esperanzas de salir del bosque, que no parecía sino que a cada paso que daban se hacía más agreste y huraña la espesura.

El muchacho que valía por auriga de la cabalgada comenzó a recelar de que se habían extraviado, pues iba echando menos ciertos parajes que él recordaba de otras veces en que había cruzado por aquellos mismos lugares.

La fuente que decían de las *Damas*, y que estaba al comenzarse el castañar, no la habían pasado. La gruta donde un venerable padre del Yermo hacía penitencia por las culpas de los hombres, debieron dejarla muy a la mano diestra.

Aquellos batanes, hermanos de los famosos que dieron pesadumbres a Don Quijote y pavura a Sancho, no se habían dejado sentir, ni había en todo lo que llevaban andado barrunto de arroyo alguno, siendo como eran muy abundantes por aquella parte; y así comunicó a los demás sus temores de que andaban extraviados...

Las mujeres comenzaron a inquietarse, los hombres a desesperarse.

Porque todo les fuese contrario para buscar la salida, comenzó a venir la noche y comenzó a venir negra como boca de lobo.

Siguieron avanzando algún poco, pero quería el destino que cada paso que daban no fuese sino una lazada en el laberinto de su confusión. Conociéndolo de esta suerte Rodrigo, les dijo que más cuerdo estuviese el aguardar pacientemente hasta la mañana, pues lo demás no sería otra cosa que retroceder en lugar de avanzar.

Las mujeres, de suyo medrosas, temían por los lobos y otras alimañas del monte; Rodrigo las sosegó en lo posible diciéndoles que los lobos son más amigos del estío que del invierno, pues que por este tiempo es cuando padecen hambre y salen a buscar lo que pueden, pero en el buen tiempo no, porque la caza es abundante. Y por más sosegarlas prendieron yescas y encendieron hogueras, que el fuego es gran ahuyentador de esta clase de enemigos.

Desengancharon la mula, tendieron las mantas en el suelo y se dispusieron a esperar el triunfo de la risueña aurora...

*Pabillos* dijo que él establecería su puesto en la rama de un árbol, por si desde allí distinguía alguna luz que les orientase en la noche, permitiéndoles continuar la marcha.

Y como lo anunció lo puso por obra.

Con la ligereza de una ardilla (que parece que de muchacho fue muy buen perseguidor de nidos), trepó tronco arriba, y en un decir *amén* estuvo en la copa del árbol.

En todas direcciones tendió la vista, pero no halló sino la negra noche que a todo andar se echaba encima.

De allí a poco, en la lejanía, vio unos vivos y tenues resplandores que pugnaban por ser relámpagos y acabaron con serlo, pues la noche era de las de función de truenos y rayos como melodrama de traidores.

También este desagradable aparato se columbraba entre los claros de la espesura y ponía más abatimiento en los medrosos ánimos de las mujeres. ¿Qué sería de todos en aquel desamparo si al fin se formalizaba la tormenta y era de las que suelen por este tiempo? No lo permitiera Dios, y comenzaron a rogarle a Santa Bárbara, abogada contra la tempestad...

De pronto allá, no muy lejos, *Pablicos* divisó una luz.

Esperó un poco temiendo que fuera solo ilusión de sus ansias, pero presto pudo convencerse de que salía tras las ventanas de una casa en un claro del monte.

Bajó del puesto y dijo lo que había.

Rodrigo ordenó proseguir la ruta en busca de aquel amparo que se les ofrecía como llovido del cielo, y ninguno se hizo repetir la orden.

Aun la cansada mula tiraba con más fe que hubo de hacerlo en todos los días de su desdichado vivir...

La noche había cerrado enteramente, por lo que la marcha hacían más difícil.

Las mujeres se apretaban unas contra otras, como si de esta manera, comunicándose calor, se quitaran miedo.

En las ramas de los árboles entonaban las cigarras su monótono concierto, y las ramas en los bordes de las charcas rimaban su canción del agua sucia.

En la lejanía el lúgubre gemido del mochuelo palpitaba a breves espacios con la mecánica monotonía de un *reloj de cuco*...

De vez en vez se advertía un ruido entre la hojarasca, y no era sino alguna alimaña asustada por la proximidad de gente.

El cielo era un tupido manto de terciopelo todo negrura, sin dar a los ojos el placentero descanso de una pálida estrella.

El único ruido que acompañaba a la comiquería ambulante era el chirriar de la carreta y el seco choclear de la caballería mal herrada.

De allí a un poco, o por ahuyentar el miedo o porque el alma le echaba en cara el estar tanto tiempo en silencio, *La Mariblanca* rompió la quietud de la noche cantando con la lindeza y picardía naturales en ella la vieja y desaprensiva jácara que dice:

Al corral salió Lucía,  
y Lucía en el corral  
echó al Sol como el sol mismo  
todo su particular.

Los donaires atrevidos de la gongorina canción velaron por un buen espacio los recelos de la oscuridad y las tristezas de la noche.

Se acabó el laberinto y dieron en una amplia explanada.

A este tiempo comenzaron a caer gruesas gotas y el horrísono batir del trueno se percibía más cercano cada vez.

La luz que *Pabillos* viera desde la copa del árbol, ya como quien dice al alcance de la mano, y hacia ella se encaminaron ansiosamente como náufragos que al cabo de muchos días de angustia aciertan a ver las ansiadas rocas de la costa...

*Mariblanquilla* cesó en su cantinela porque no entendiesen las gentes que hubiese en aquel providencial asilo que ellos pudiesen ser de alegre o desenvuelta condición; todos, en fin, miraron a guardar una prudente compostura.

Mas no habían andado veinte pasos sobre la dicha explanada, cuando de al lado de una recia encina salió una voz áspera y dura que, metiéndoseles a todos por los portillos del oído, les paralizó la sangre en las venas. Hubo quien se tiró al suelo y pidió confesión pensándose ya difunto.

—¡Alto allá quien sea! —dijo la temerosa voz— si no quiere abrasarse en la boca de este arcabuz.

Pararon como obligados por un poderoso resorte que les dejara clavados en el suelo, y enseguida se vieron cercados por media docena de hombres de no muy tranquilizadoras apariencias.

—¿Quiénes sois y a dónde ibais?, porque adonde vais solo nosotros lo sabemos —dijo el más cercano, que era el dueño de aquella voz temible como los rugidos del viento.

Rodrigo, que ya veía que habían dado de manos a boca con una cuadrilla de ladrones que tendrían por allí su madriguera, habló de esta suerte y sin muestras de mucho temor, que ya conocía que no por mucho miedo habría de remediarse el daño que pudiese venir.

—Hermano, somos una compañía de comediantes que se ha extraviado en este monte. Vamos, como ha dicho su merced muy justamente, donde vosotros queráis llevarnos, que no adonde teníamos intención hecha de nuestra parte. Así y todo, sepa que pensábamos recorrer toda esta comarca, como desde hará seis meses lo venimos haciendo, hasta dar en Cataluña, que dicen que es tierra de Jauja para los cómicos. Ahora, sus mercedes proveerán, que en lo que hace a nosotros no nos toca más que seguirles adonde sus mercedes quieran llevarnos y rogarles que tengan la posible consideración con los hombres y caridad con las mujeres.

—Eso allá lo verá quien puede, que no toca a nosotros —dijo uno de los aparecidos.

En esto comenzó a llover de recio y con tal ímpetu, que se hacía de todo punto imposible el sufrir a pie quedo la inclemencia del cielo.

—Anden delante —mandó uno—, y se encaminaron todos hacia la casa iluminada.

## CAPÍTULO VIII

### DE CÓMO LA CASA QUE ELLOS MIRABAN COMO CONSUELO DE SU DESAMPARO EN LA SOLEDAD DEL MONTE, ERA UNA GUARIDA DE LADRONES Y DE LO QUE LES ACAECIÓ EN ELLA

En el centro de la estancia, que era amplia y no mal acondicionada, se hallaban alrededor de una mesa tres hombres de recia figura y desapacibles rostros.

Todos fumaban tabaco en unas grandes pipas de loza, consolando los gatzates de la sequedad del humo con razonables jarras de un vino más moro que Mahoma.

—¿Más gente? —dijo el uno de ellos—. No se dio el día mal del todo. Toma, *Plumillas*, ese cuarto y échalo en el cepillo de San Dimas, que hoy no ha olvidado a sus hijos.

—No eche, nostramo —habló el llamado *Plumillas*—, que esta redada antes es quiebra que ganancia; solo hemos querido traerlos por lo que nos tiene mandado su merced de que no pase por aquí alma alguna sin que sea visado y contrapesado por nuestra aduana.

—¿Pues qué son que tan poco esperas de ellos? —preguntó el hombre.

A que respondió el otro con un tono entre burlón, despectivo y misericordioso:

—Cómicos, señor.

—Poca cosa son, ciertamente, y así no pensemos que con lo que ellos puedan aportar a la cofradía engrose mucho la olla, pero el alijo del corregidor de esta tarde suplirá la escasez de estos.

Y levantándose después de su escabel se dirigió hacia los pobres cazados y posó detenidamente la vista en cada uno.

Cuando llegó el turno de ser mirada a *La Mariblanca*, se detuvo en ella más tiempo que el que empleó en todos.

—Buena es la moza, por mi vida, mejor para reinar en un trono que para andar pasando hambre por los caminos; el Señor la bendiga.

Y le pasó la mano por la cara; pero como la tal no admitía manoseos si antes no era ella gustosa, rechazó la caricia.

—¿Guapa y esquiva? —dijo el hombre—. Así son las que me hacen perder el sosiego, que las que en cuanto se les pide lo ponen en la mano, con la facilidad, quitan la gracia. En fin, mañana hablaremos, siendo Dios servido; ahora llévenlos que coman si lo traen, y si no les den de lo que haya; después acomodadlos en el desván y hagan cama redonda. Perdonen vuestas mercedes la incomodidad, pero como somos muchos andamos algo estrechos; además, que no será la primera vez que duermen y aun velan juntos sus mercedes.

Y no aguardando a más, dieron con ellos donde fueron mandado.

Comieron de lo que traían y después se acomodaron como dispuso aquel hombre...

\*\*\*

De poco sosiego y menos provecho fue el dormir de aquella noche, que pensando qué destino les estaría esperando en amaneciendo el día, ninguno pudo sosegar un instante.

—En mal hora se nos ocurrió salir de aquella aldea, que por huir de un peligro hemos dado en otro mayor, y aun no sabemos si tendrá salida en no siendo para el otro mundo —gimoteaba una de las mujeres, y parece que lo decía de suerte, que si conforme estaban a oscuras tuviesen no más que la muriente luz de un candil, se advirtiera el rencor con el que echaba los ojos hacia la parte en que estaba *La Mariblanca*.

Y como por la dicha circunstancia de estar en tinieblas no se le advertía la intención, continuó hablando para que no cayera en tierra baldía la cizaña de su mordacidad.

—Pero hay algunas que se pasan la vida oyendo chirriar de carretas, y en un momento, por hacer de honorables y dignas, ponen el grito en los infiernos, que no quiero decir en el cielo por no ofender a Dios, en oyendo arrastrar una silla. Miren si a *Su Majestad* se le iba a caer un anillo de la corona porque admitiera un galán más en la colección.

Y ya esto que iba tan claro, que en la misma oscuridad dio resplandores de sol por el agosto, fue recogido por *La Mariblanca*, quien incorporándose sobre la enjalma en que pretendía dormir, sin conseguirlo, respondió como ella sabía cuando se ponía en maja.

—Oiga la censora de vidas ajenas y espanto de la propia, cada uno hace de su capa un sayo, como dijo el otro, y yo de mi cuerpo lo que me pide el gusto, así es que como oiga un graznido más sobre estos con que acabas de zumbarme las orejas, me levanto de donde estoy y a tientas te busco y en hallándote, por más en tinieblas que estemos, se va a ver aquí el sol a media noche. Y ya sabes que yo no prometo en balde, con que tú verás la cuenta que puede traerte el seguir adelante.

Algunas palabras más dijo la otra, pero como era muy cierto el saber los puntos que *Mariblanca* calzaba cuando el humor se le ponía turbio, cesó en su querella y de allí a muy poco espacio todo era silencio en el desván, con el intervalo de algún que otro ronquido mandado a la garganta por el potente impulso de muy recios pulmones.

\*\*\*

Demos la noche por pasada, puesto que durante ella, por ser horas consagradas al descanso, no acaeció nada digno de emborronar folios, y póngase que amaneció el día, con la esplendidez que es de rigor en la abrasadora estación del estío, gala del cielo, joya de los campos y doradora de las mieses.

Con tanta pujanza supo llegar, que a los primores albores abrió los ojos a la farándula cautiva.



Como estaban vestidos, presto se pusieron en pie, y bien puede creerse, que entre el susto de verse presos de los ladrones, y los sobresaltos de la noche, todos parecían muertos acabados de desenterrar.

*La Mariblanca* era la más para mirada, pero como se le había corrido el color pintado en grotescos chorretones por toda la faz, y las greñas, libres de horquillas y aderezos, se le habían desmandado caprichudamente, parecía un retrato de taberna.

Rodrigo fue el primero que tuvo arte y alientos para hablar, dando los buenos días, cuyo saludo le fue respondido con mucho desmayo por todos.

Mas no quiso quien fuera el que entendía en la administración de sus destinos que estuvieran mucho tiempo en tortura, porque presto sonó el descorrer de un cerrojo, y quedó franca la puerta de la cámara, apareciendo un hombre en su dintel.

—Buenos días nos dé Dios —dijo en cristiano, a que todos respondieron a coro como tenían por costumbre al final de las comedias.

—Santos y buenos los tenga su merced.

Y prosiguió el otro:

—Si quieren quitarse las legañas, y comer luego unas migas con sebo de carnero, bajen al patio que allí encontrarán la manera de proveer ambas necesidades.

Como manada de dóciles corderinos salieron los cómicos del camaranchón y tomaron las revueltas de la empinada escalera hasta dar en el portal, desde donde salieron al patio, que era amplio y estaba entoldado por una frondosa parra que ofrecía ser fecunda en el otoño.

\*\*\*

Después de satisfechos aquellos menesteres, pasó la farandulería a una estancia amplia y no mal dispuesta donde esperaban un anciano, una moza muy moza, un galán muy pulido y dos espoliques. La moza, cubierta la cara con un pañuelo de encaje, no dejaba de gemir; el anciano se estaba grave apoltronado en un sillón de esparto y los otros hombres paseaban cabizbajos y mohinos de punta a punta del aposento.

Se acomodaron los cómicos unos en escabeles, y otros en zaleas y jamugas que había por el suelo, y todos esperaron en angustioso silencio lo que les deparara la voluntad de los señores enemigos de lo ajeno.

Con tal diversidad de gentes, tenía la dicha estancia aspecto de zaguán de una casa de postas, cuyos ocupantes no esperaban sino que se cambiasen los tiros para proseguir la ruta.

El viejo decía de vez en cuando.

—María, hija mía, no llores más. Piensa en que el cielo y el arcángel San Rafael, patrono de los caminantes, no pueden dejarnos de su mano. Reza y no llores.

El galancico no parecía participar de la misma resignación que el viejo, y los espoliques echaban a la dama miradas de reconcentrado rencor, como si ella fuese la

causante de la mala ventura de todos. Y así era sin duda, porque en una de las vueltas se la encaró el uno de ellos y la disparó más que le dijo tales razones:

—Mire si no hablaba yo con más verdad que un santo cuando le decía a su merced que el camino que traíamos era peligroso, que se dejase de bellezas de paisajes escondidos y fuésemos por el camino real... Yo juro a Dios si salgo de esta no hacer caso en mis días de caprichos de mujeres más que me vaya en ello la salvación del alma.

En esto se abrió una puerta y apareció en la estancia aquel mal encarado que la noche anterior vimos con otros en torno de la mesa fumando tabaco en una pipa de loza...

—¿Y qué tal, señor hidalgo, pasó la noche de boda? —dijo, dirigiéndose al viejo.

El anciano le miró un instante y luego bajó los ojos sin responder palabra...

Y encarándose con los cómicos el hijo de Monipodio prosiguió en son de zumba:

—¿Con que voacedes son faranduleros? Pues miren, que en este otro grupo se les ofrece para una comedia nueva el mejor asunto que pueden desear. Acá estos amigos, aunque les parezca mentira, son dos recién casados que iban en su viaje de bodas cuando vinieron a dar con nosotros. No se les logró la dicha de novios con el sosiego que ellos esperaban, y yo pienso que ambos nos debieran estar agradecidos antes que rencorosos, porque al novio no le dimos lugar para que quedase en ridículo ni a la novia para dolerse de hambrienta.

Aunque los cómicos no tenían el ánimo muy dispuesto para risas, no pudieron menos de celebrar el donaire con que hablaba el ladrón, mirando acaso que en alabar cuanto el tal dijese podría estar la bonanza de su suerte.

—Aquí hemos pensado —prosiguió el gentil hombre—, como amigos del prójimo que somos, mejorar en lo posible la situación de ambos aliviando al débil marido su trabajo para que luego no encuentre estorbos en su mujer, y haciéndole a ella más rápido el menester carnal que le mandó la Santa Madre Iglesia.

Y el triste viejo, que ya miraba como hecha su deshonra, comenzó a dar voces.

—Por el Dios que nos crio, que no se tomen ese trabajo, que yo le tomé ya antes de salir de la ciudad, y quedé tan gallardo como un mozo de veinticinco años; pregúntenlo a Inés, que no me dejará mentir.

Mas Inés, ocupada en llorar, nada decía.

Se le acercó el facineroso, y levantándole suavemente la cabeza, le preguntó:

—¿Eso es cierto?

Ella, por entre el bordado pañuelo, alzó los lindísimos ojos, que eran verdes como las tranquilas aguas del mar latino, y hallándose con un rostro moreno y varonil, aunque de duras facciones, dijo:

—Señor, vuestra esclava soy, a vos me encomiendo, rogándoos que no seáis muy vehemente; haced de mí vuestra voluntad, y mire el Señor este sacrificio como penitencia de mis culpas.

Despachó el hombre con la casadilla el deber que se impuso, y de allí a poco tornó a su camino el matrimonio reciente, oronda y con faz de satisfecha la mujer; el marido todo apesadumbrado y con la cabeza baja como si no pudiese con la carga de su pesadumbre.

El capitán Rolando (que así se llamaba el arráez de los bandidos), volvió a los cómicos y dijo:

—Ya he visto que sois pobres gentes que no tenéis más patrimonio que el día y la noche, así es que nada podemos pedirnos ni nada nos podéis dar, y aunque por el buen garbo de alguna de las señoras comediantas quisiera hacer sobre ella alguna corbeta, no me es posible por tener cosas más importantes en que emplear el tiempo, de modo que esta tarde, después de ponerse el sol, seréis todos puestos en libertad, pero no quisiera que esto fuese sin que como en prueba de reconocimiento nos entretuvieses con alguna comedia, que como gente que siempre andamos errante en el campo, disfrutamos poco de estas diversiones de la ciudad.

Deseando Rodrigo congraciarse aún más la voluntad de Rolando, dijo que tenían estudiada una famosa comedia que vendría como anillo al dedo para ser representada en aquella ocasión, solo que no había forma de hacerse porque no llevaban consigo la ropa que era necesaria.

—Pues, ¿qué comedia es? —preguntó Rolando.

A lo que respondió el comediante, que una en que trataba de las peregrinas aventuras de un famoso ladrón hidalgo que se llamó en el siglo don Juan de Serrallonga.

—Si el inconveniente es solo el de la ropa —replicó el amigo—, ponga que no lo hay, pues con ceñirse la nuestra está salvado y aun saldrá la cosa con más visos de verdad. Digo, pues, que esta tarde después de la siesta tendremos función en el corral.

Lo dieron por bueno los cómicos y se dispusieron a obedecer de buen grado, ya que a tan poca

costa como el hacer su oficio, les daban la libertad... No tenían más que repasar un poco la comedia, por ser pieza que no representaban a menudo y así lo que faltaba de la mañana, lo pasaron en este cuidado.

\*\*\*

Los trajes prestados por la partida le estaban tan de molde, que no había quien viéndolos embutidos en ellos no les diese al punto por ladrones *corrientes y molientes a todo ruedo*.

Como en toda la comedia no había más que un papel de mujer y este lo hacía *Mariblanca*, no tuvieron que inquietarse las demás.

Los compadres enemigos de la hacienda del prójimo andaban alegres por verse trasladados en otros cuerpos, ya que las almas no había posibilidad de que nadie se las manosease ni trajese en trazas de la farsa.

No había comenzado la representación, ni siquiera el notable y escogido auditorio tuvo tiempo de acomodarse, cuando entró como una flecha, todo espantado y sin color en

el rostro, un ladroncillo pequeño, que debía ser como el zagal de todos, y dirigiéndose a Rolando gritó:

—Nostramo, somos perdidos, la justicia viene tras de nosotros y sin duda que nos hallará y dará con todos donde nos pese si luego no buscamos la salida.

—¡Maldición! —exclamó—, sin duda que es el bellaco del vejete quien lo ha hecho. Vamos, pues.

Y todos dieron en la casa tras el capitán.

Los pobres comediantes, todos confusos, no acertaban a darse cuenta de lo que acontecía y miraban aquella desbandada general como cosa de magia, porque en un instante quedó la casa limpia de ladrones. No pensara tal quien los viera a ellos vestidos de aquella mala traza, sino que los tendrían por los más viles facinerosos de Sierra Morena.

En esto, cuando aún no habían salido del laberinto de su confusión llegaron las guardas, y tomándolos a ellos por los bandidos, y a ellas por sus coimas, les asieron y ensartándoles en una cuerda, dieron con ellos en el camino para llevarlos a la cárcel de la ciudad.

No bastaba que jurasen a Dios que eran infelices criaturas incapaces de robar siquiera las voluntades de los suyos, ni que las mujeres lloraran e implorasen misericordia, que entendiendo los soldados que habían hecho gentilismo servicio al Rey y a la nación, no les daban oídos y sí muchos palos y puñadas...

## CAPÍTULO IX

### EN QUE LOS POBRES CÓMICOS, PROSIGUIENDO SU MALA VENTURA, ENTRAN COMO FACINEROSOS EN DONDE POCO ANTES HUBIERON DE SALIR COMO HONRADOS

Conforme los tristes advertían que se acercaban al pueblo donde tan lindamente quedaran como representantes, y honrados como personas, se les acababa una buena parte de los pocos ánimos que ya tenían.

Llegaron al cabo, que es natural disposición de quien gobierna la destartalada máquina del mundo que todo llegue, así las venturas como las desazones y desdichas. Entraron en la dicha aldea, y así como les vieron los muchachos (sin conocerlos por la guisa que traían), que la otra vez gritaban:

«¡Que vienen cómicos!», ahora decían: «¡Que traen forzados del Rey!», de que los pobretes se corrieron tanto, que a puros varazos solamente disponían un pie tras otro.

*La Mariblanca*, como vio gente conocida, comenzó a gritarles desesperadamente:

—Hermanos, ¿es posible que no nos conozcáis? Somos los cómicos de hará dos días. ¡Válgame Dios y cómo viene ahora de molde aquella canción que yo os cantaba y tanto os divertiera!

Aprended flores de mí  
lo que va de ayer a hoy:  
ayer maravilla fui,  
hoy sombra mía no soy.

Los miraban asombrados y fueron reconociéndoles, mas todos se hacían cruces de aquella extraña metamorfosis.

Con los modos que suele la policía de todas las épocas, apartaron los guardas la gente y dieron con la cuerda en la cárcel del concejo, donde fueron entrados todos como los más viles y crueles ladrones que padeciera España...

Por una reja que daba a la plaza acudían a mirarles las gentes, y cada cual conjeturaba y hacía cábalas a su manera.

Unos creían cierto que siempre habían sido ladrones.

Otros que las circunstancias les habrían obligado, y no faltaban más generosas almas que sostenían que aquello era una mala voluntad.

*La Mariblanca* refirió a los visitantes lo acontecido en el bosque, y les rogó que dijeran en su abono y defensa cuanto ya sabían de quiénes fueran, y que si era verdad que por la degollación de muchas comedias pudieran estar presas ellas y ellos remando en la

mar, en cambio, por haber mirado lo ajeno codiciosamente no había causa, y que se acordaran del paso de los zarcillos...

Prometieron hacer luego cuanto estuviera de su mano y se fueron a la posada, donde el comisario y las guardas descansaban a su gusto mientras los infelices inocentes padecían...

\*\*\*

La presencia del regidor y de los notables del pueblo, que dieron fe de quiénes eran los detenidos, mejoró su situación, y presto fueron puestos en libertad después de que quedaron diáfanos como la luz del día las causas por que habían sido hallados en las guaridas de los ladrones.

Con no poco descontento de los guardas y el comisario fue dada esta libertad, pues consideraban lo mal parada que su pericia quedaba con la burla de los señores bandidos; pero yo sé que si el tal comisario y sus esbirros tuvieran conciencia del oficio no se apesadumbraran ni corrieran tanto, porque estos chascos son inherentes a la policía y justicia de todos los tiempos desde que hubo alguaciles y corchetes en el mundo...

## CAPÍTULO X

### DONDE SE VE LA DURA NECESIDAD DE LOS COMEDIANTES Y LA INDUSTRIA HUMILDE EN QUE HUBIERAN DE EMPLEARSE PARA ATENDER AL DIARIO SUSTENTO

Ya faltaban las fuerzas y los estímulos a la compañía, que cuando todo es privaciones y disgustos no hay cosa que se haga con satisfacción.

Desde que dieron en la cueva de los ladrones y luego en las garras de los esbirros (que fue peor), no levantaron cabeza ni la suerte fue servida de acompañarlos una sola hora.

No eran ya acicate de deseos ni anzuelo de las bolsas como hasta allí poco las artes y descocos de *La Mariblanca*. A todas partes llegaban y de todas tenían que salir con las manos vacías y el crédito entrampado. Y ya aconteció que, como de un lugar para otro llevaban la fama, ni aun les quisieron dejar entrar en alguno, y tuvieron que dormir a campo raso, sufriendo sobre sus carnes pecadoras el rigor del sol a mediodía y el viento helado del amanecer.

Nunca mejor se llamó a una manada de comediantes famélicos «las cortes de la muerte», que estos parecían anotomías acabadas de sacar de la fosa.

A tal de ellos había que encender candiles para encontrarle los ojos, y a otros no se les veía más de ellos en toda la persona.

Se determinaban a volver a la Corte, más que fuese pidiendo limosna (y así tendría que ser forzosamente, porque aquella cadenilla de *La Mariblanca* ya hacía rato que cumpliera como buena en una posada de la Almunia), cuando se alzó un poco la cruel garra de su destino, permitiéndoles hacer la fiesta mayor en un pueblecillo marinerico cerca de Barcelona.

Como había por allí un santuario que guardaba una imagen muy milagrosa de la Virgen del Mar, acudía gente de muchos puntos de alrededor y por ende solían ser aquellos días de pingüe ganancia para todos...

Bien hubiera querido el bueno de Rodrigo representar alguna comedia nueva, pero no era posible porque los poetas de entonces, atentos solo a lo que Francia producía, se quedaban ellos mano sobre mano y muy con la boca abierta, que de esta admiración ruin vino la decadencia de nuestro teatro.

De modo que el hombre tuvo que contentarse con el ingenio sutil de nuestros clásicos, que es manantial que no se agota, y la más pura joya de que puede gloriarse España.

Aunque muy hechas tenían todas aquellas comedias famosas, muy alborotadas las tonadillas y muy manoseados entremeses y sainetes, aunque no fuera más que por buscar distracción en que entretener las horas, volvieron a los ensayos.

Como el tiempo aún era más que agradable con intensos resabios de verano, que solo por las noches mandaba la tranquila mar alguna brisa norteña, se habilitó para las

funciones y ensayos un tingladillo en la misma playa, y a él acudía curiosa la gente del pueblo, casi toda compuesta de pescadores y de tal cual hidalguillo que descansaba entre la montaña y la marina del ajetreo de la ciudad.

Iban cuando ya el sol tenía vencido su poder y se ocultaba con el fracaso de su derrota al otro lado de las cumbres.

Rodrigo tenía sus huestes bien ordenadas y eran puntuales al cumplimiento de la obligación, no así como los de Madrid, que en sacándoles del respeto a la *Junta*, que los trataba como a negros, se les da una higa del *autor* y de cuantos primeros galanes pueda haber empleados en el despreciado arte de hacer comedias.

Mientras unos ensayaban, los que no eran necesarios en el momento se apartaban un buen espacio para no entretener a los otros con su charla.

Algunas de las hembras se llevaban labor y eran el arreglo de sí mismas y de sus maridos, aquellas que los tenían; las que no se sentían hacendosas, con darle a la cháchara, que es el más gustoso empleo de la mujer en todos los tiempos, ya estaban servidas.

*La Mariblanca* halló un aficionado que no le perdía ojo, y como el hombre no era necio, ni zafio, ni de mala pinta como el hijo de aquel corregidor, he aquí que gustaba de darle parleta, y aun se querellaba y pedía cuentas si alguna tarde se retrasaba.

Le decían don Luis de Moncada, y parece que representaba no sé qué cosa grande de los gremios en la ciudad de Gerona.

Lo único que le quitaba un poco de simpatía para la gente castellana es que guardaba gran rencor para la España de Felipe V que dio aquel cruel pero ejemplar castigo, a la ciudad de Barcelona, por su adhesión al archiduque intruso; en lo demás era buena persona, y por el amor o afición hacia la cómica, le tenía que agradecer toda la farándula.

Muchas noches cenaron los cómicos merced a su caridad, que antes no fueron pocas las que tuvieron que ayudar a los pescadores a tirar del *Art* (que de esta manera llaman al *copo* por las playas catalanas) para recoger como soldada un puñado de sardinas despedazadas...

*Pablicos* lo descubrió una noche en que no habían probado gracia de Dios.

Durante la tarde fueron a un pueblo vecino con esperanza de hacer función; pero ya antes el mosén desde el púlpito había echado tantos venablos contra los cómicos y prometido tal número de excomuniones a quienes los vieran, que no fue ni una sola alma a la comedia, y hubieron de venir los pobres molidos, sin alientos y con el estómago tan limpio que podían comulgar...

En llegando a este otro pueblo que habían elegido como cuartel, entraron mohínos y cabizbajos en la posada... *Pablicos*, por distraer el hambre, se fue a la playa... Los pescadores comenzaban a recogerla red que fue extendida al caer el sol... El pobrete miraba atento.



Quince o veinte individuos de ambos sexos y de muy diversas edades tiraban de la tupida trampa, perdición de los incautos barbos, de los inocentes *llubarros* y de las cándidas sardinas.

Tiraban con la cansina resignación de las bestias.

Comenzaban a la misma orilla de la mar prendiendo la red con sencillo e ingenioso nudo al cabo de una cuerda que llevaban cruzada a los pechos; con paso tardo y fatigoso que hacía más nudo la blandura de la arena, subían hasta la mitad de la playa, donde dejaban como una entraña negra y palpitante la porción de red... y volvían a asir la que iba saliendo del agua...

De esta manera toda la noche, hasta que la luz del nuevo día se reflejaba en la plata viviente que saltaba dentro de la cárcel de cáñamo...

*Pablicos* seguía atento aquella penosa maniobra; le pareció una pena de los condenados del infierno. No se oía una conversación seguida; de vez en cuando una voz, que era un reproche contra algún remolón; no hablaba nadie, porque la palabra es enemiga de la energía.

Un viejo se le acercó y, tomándole por rezagado, le dijo:

—A la hora del reparto también estará lejos.

—¿De qué reparto? —preguntó el cómico.

Y, viendo el viejo al escuchar la respuesta que se había equivocado de hombre, se disculpó:

—Perdone, amigo, que creí que hablaba con uno de estos, y le decía que si no tiraba de la red como cada hijo de vecino, al repartir luego la ganancia quedaría fuera.

—¿De suerte, que de esa cuerda todo el mundo puede ser galeote? —preguntó Pablos.

Respondió el otro:

—Sí.

Y entonces el mozo exclamó, yéndose hacia la red con uno de aquellos tirantes:

—¡Cuerpo de Dios, con lo que le gustan los peces fritos al hijo de mi madre!...

Al otro día contó el suceso a los compañeros, y desde la noche, todos (fingiendo hipócritamente que antes era distracción que necesidad, aunque cuantos los conocieran sabían muy bien que era hambre pelada) tiraron del copo por la triste esperanza de comer en la mañana unas sardinillas a la brasa...

## CAPÍTULO XI

### DÍAS DE FIESTA MAYOR

Llegó el día de la santa patrona de los marineros y el pueblo fue todo algazara y bullicio.

De mañana, hubo procesión marítima al santuario, que estaba en una isla próxima y era un verdadero trozo del Paraíso, regale y encanto de todos los sentidos.

Era de ver el lujo y entusiasmo que derrochaba aquella gente sencilla. Estaban los pescadores divididos en dos cofradías, y por rivalizar las dos echaban cada una la casa por la ventana.

Las barcazas eran verdaderas naves que remedaban con mucho donaire aquellas antiguas del Oriente que venían a Europa llenas de tapices y brocados.

En el centro de todas, se erguía la capitana, que habría de llevar la imagen de la Madre de Dios sobre las azules y tranquilas aguas.

En la orilla voceaba una abigarrada multitud que no parecía sino que despedía a una poderosa flota que fuese a buscar tierras nuevas para la corona de España, más allá de las remotas Indias.

De vez en vez, se oía el templar de los instrumentos músicos, que se impacientaban en una barca junto a la galera capitana.

Los cómicos asistían a la fiesta, y puede decirse que para la gente humilde constituían un espectáculo más.

*La Mariblanca*, junto a don Luis, soberanamente guapa y bien ataviada, parecía la reina del festival, sin cuyo permiso no habría de tener comienzo.

Llegaron al fin la gente de iglesia y el Concejo; el vicario bendijo las naves. Subió luego a la capitana, sonó un agudo clarín y todas las embarcaciones al mismo tiempo, como impulsadas por una sola y poderosa mano, zarparon majestuosas bajo el imperio magnífico del sol y sobre la esmeralda espumosa del mar latino.

En verdad que el espectáculo era grandioso, y en muchos corazones era tal la emoción acumulada, que prevenía lágrimas en los ojos...

Se alejaba la creyente flota en busca de la imagen, y sobre las tranquilas ondas se alzaba la armonía de una música ingenua nacida en el seno de legendarios instrumentos, que son como cosa litúrgica en todo el condado, desde las playas de Salou hasta las cumbres del Ampurdán...

—Mañana, que tenéis libre —dijo don Luis mirando la melancolía de los cómicos—, comeremos nosotros en la Virgen del Mar...

\*\*\*

Al caer de la tarde fue la comedia cuajada en aquella portentosa página de ingenio y picardía que el maestro Tirso de Molina, fraile en el monasterio de la Merced, de Madrid, llamó *Don Gil de las calzas verdes*.

La obra gustó de lo lindo, *La Mariblanca* estuvo famosa encarnando aquella voluntariosa Doña Juana que va en trazas de hombre a la casa de su galán olvidadizo, y en los pasajes que sale en calzas bramaba la marinería como si les cogiese una tormenta, libres de todo aparejo.

Por tener el mismo efecto en todas partes, se deja de mencionar aquí el producido por la tonadilla, que era anzuelo del pecado y llama abrasadora para la carne dormida...

\*\*\*

Un poco de abundancia trajo buen humor a los infelices faranduleros, y así toda aquella noche fue de bureo y jarana, que aun la misma *Jusepica*, para quien no había más mundo ni más gloria que su pequeño, dejó aquella noche su cuidado por unas horas y se fue a bailar la Sardana (porque ella se había criado por aquellas tierras) en uno de los *entoldados* junto a la mar.

\*\*\*

El *entoldado* es en toda festividad catalana, desde luengos años, capítulo de rigor, y si él faltase bien puede decirse que faltaba la salsa de la gorja.

Es una amplia tienda, formada por fuera con recias lonas, y adornada por dentro con ricas telas y mucha cristalería, todo de mucho coste pero de poco gusto...

Da la impresión de la sala de un menestral enriquecido que todo lo hace a fuerza de gastar dineros.

Se levantan estos tinglados a costa de los gremios y en ellos se danza desde las primeras horas de la tarde hasta el nuevo día.

*La Mariblanca* los anduvo todos acompañada por su nuevo galán, pero en ninguno quiso bailar; parece que este fue el primer favor que le rogara don Luis, y aunque el cuerpo le pedía ser estrechada por los rudos brazos de los pescadores, no quiso disgustar al hidalguillo por tan poca cosa.

\*\*\*

En el siguiente día, como prometido tenía don Luis desde el anterior, fue la jira farandulera a la Virgen del Mar.

No parecían sino náufragos perdidos en una isla desierta; don Luis mandó llevar de mañana las vituallas necesarias y que luego se partiesen los criados a fin de que nadie le estorbase en lo que pudiese acontecer, que de los cómicos ya sabía él que eran gente discreta y de estómago agradecido...

Al punto de las doce se tendieron los manteles en la fresca hierba y se comenzó con tanto bullicio como ganas a cumplir aquel mandamiento que no está en el catecismo de ninguna religión, pero que es mucho más lógico que cuantos recogió Moisés en el monte Sinaí: «Comerás con apetito cuando tuvieres hambre y medio de satisfacerlo».

El ágape era más que abundante y todos supieron hacerle los debidos honores.

Con el vinillo añejo se desataron las lenguas y cada uno aportó como charla de sobremesa lo que bien pudo, y así se supieron donosas historias (siendo la de *Mariblanca* la más curiosa para el señor don Luis).

—Y dígame acá vuesamerced, señor autor —inquirió este—. ¿El oficio piadoso de hacer comedias (y digo piadoso porque es quitapesares de las almas atribuladas) es tan desesperado y mal retribuido en la corte de Madrid, como parece que lo es en los que andan ustedes por pueblos y aldeas a la ventura de Dios?

Y Rodrigo, que se vio empujado en la pendiente de lo que también sabía y era su gusto hablar de ello, por mostrar tales y como son todos los sinsabores y pesares de la vida histriónica, se acomodó mejor en el tronco en el que se asentaba y habló de esta manera:

## CAPÍTULO XII

### EN QUE RODRIGO, EL AUTOR, HACE UN DISCRETO DISCURSO ACERCA DE LA VIDA HISTRIÓNICA

«Señor: Sepa acá su merced que la vida de los cómicos que por fuera parece toda dichas y cascabeles, acontece ser por dentro tan negra y sombría, que si se pudiera ver limpiamente causaría pena y congoja. Sin duda que es maldición que llevamos sobre nosotros desde que salió a escena el primer comediante.

Y no se piense que la cizaña de esta vida venga con la savia del oficio, nada de eso, ella de suyo es buena y si aún me apuráis un poco diré que piadosa, y que debiera escribirse entre las obras de misericordia: “Alegrar a los tristes”, sino que es la gente quien la pone el acíbar, y aun nosotros mismos, que como vivimos de la ficción, no acertamos a ser personas con alma propia, y así se nos pegan los vicios y las lacerías de los personajes que representamos sobre el tablado. Mas de esta manera y todo, nunca dejamos de ser personas y por ende no merecemos el desprecio en que nos tiene el resto de la Humanidad, que ¿quién de los hombres y de las mujeres estará tan limpio de corazón y tan diáfano de conciencia, que pueda tirar sobre nosotros la primera piedra?...

De muy antaño es nuestro arte tenido en menos sobre todos los demás, y aun nuestra Santa Madre la Iglesia, para quien todos hemos de ser iguales, también hasta hará poco nos consideraba indignos de figurar entre los fieles, que aun nos negó el enterramiento en tierra cristiana. Claro que ella, como quien vuelve y revuelve sobre sus acuerdos y disposiciones cuando bien le parece, y cuando vinieron los autos y comedias a lo divino que en los mismos templos se representaban, no tuvo el menor escrúpulo en acudir a nosotros.

Dicen algunos compañeros que yo les llamo bobalicones porque viven perpetuamente en el limbo de la esperanza, que esto parece que va en auge y que cada día que anochece es un paso más a la redención y mejoramiento de los cómicos, pero su merced póngalo a cien leguas de la realidad, por ahora, que de esto tienen que pasar muchos años y quién sabe si también siglos.

En tanto que esto no sea un arte liberal, como son sus hermanos la Poesía, la Música, la Pintura y la Escultura, no será posible de manera alguna. Los alcaldes, regidores y aun alguaciles disponen de nosotros a su arbitrio y antojo de manera tan tirana que no lo hicieran con más rudeza si fuésemos gente forzada del rey que va a galeras, o padeciese rigores de encierro tras de los muros y rejas de una cárcel.

Sobre todo la Junta de Madrid, como allá asienta la Corte y monarquía de España, no hay desmán ni atropello que no haga si cree que es en servicio de la gente cortesana. ¡Cuántas veces acontece estar un buen comediante, así sea de *representado* como de *cantado*, haciendo su bienestar en una provincia con muy buen partido, y acordarse de él los señores de la Junta y embargarle con menos ganancia y ración! Y Dios le libre, como de hacer alguna bellaquería en la cama, de negarse a aceptar la propuesta, que de por fuerza y preso como el mayor ladrón del mundo le llevarán desde donde esté hasta los mismos estrados de la Junta.

Algunas veces estuve yo en Madrid de más mozo y sé de estas cosas, pero estoy por decirle que antes prefiero estas privaciones y ayunos que por aquí solemos padecer, que aquella vida, porque por menos de un maravedí está un hombre honrado a las puertas de una cárcel.

Luego sobre esto, tiene su merced otra polilla como son los lutos reales, pues cada vez que acaece una desgracia en Palacio se cierran los coliseos por muchos meses, y entonces se va con el diablo la profesión, y tenemos que vivir según quiere Dios, y como nunca tuvimos lugar ni fortuna para

ahorrar un maravedí, hemos de acogernos a modestos empleos, porque la generalidad, fuera de nuestro oficio no tenemos ninguno más.

Un cómico o cómica que no tenga más patrimonio que lo que da de sí la representación, apenas dispondrá para comprar un sayo de burriel, porque en peluquero y otros accidentes de compostura superficial se le funde no solo la parte que le corresponde de salario, sino algo más.

Las mujeres de teatro nunca pueden medrar si son libres y modestas con el impulso de su propio esfuerzo. Notable desgracia es que un arte tan penoso no valga para fundar un hogar con algunas comodidades, y lo que más duele a los propios y debiera conmover a los ajenos es el ver que aquellos actores y actrices más sobresalientes que en día no lejano fueron gloria de la escena española, los veamos en la vejez poco menos que pidiendo limosna.

Si no tuvieran, aunque modesto, el desahogo de las jubilaciones que dan las dos compañías de Madrid a sus comediantes, más de cuatro perecerían de hambre en el medio de las calles.

Solo una *autoría* en Madrid puede traer alguna cuenta si se tienen posibles para responder a los gastos preliminares, conviene saber anticipos, compra de comedias, menesteres de tramoyas, que, aunque escasos, siempre suelen ser excesivos; en fin, que todo ello no se hace con menos de cuarenta o cincuenta mil reales, y puede creerme, que si yo fuese tan feliz y bien acondicionado mortal que dispusiese de esta suma, no la emplearía en comedias, sino en retirarme pacíficamente a mi aldea, a cuidar de mi hija y mis nietos, que tengo tres como tres orientales perlas, y son a un mismo tiempo la alegría y la pesadumbre de mi vida...

En fin, señor mío, bien puede creerme que la cosa más desgraciada del mundo es ser comediante... Y aun se quejan después de que si somos de mala condición y alma atravesada, capaces de toda bellaquería, flexibles e hipócritas. ¿Cómo puede ser de otra manera, si llevamos sobre nosotros la miseria, el encono y el desprecio que nos arroja la sociedad?...».

\*\*\*

Y el bueno de Rodrigo acabó su oración en redondo, como un buen tribuno, espanto de la elocuencia y defensor de unos derechos legales que pueden ser la salud de una parte de la Humanidad.

## CAPÍTULO XIII

### DONDE «LA MARIBLANCA» DA RAZÓN DE SU VIDA

Bien recibido fue el discurso por parte de todos, y aun *Pablillos* quiso meter su baza diciendo aquello tan manoseado y traído a cuento tantas veces en historias de cómicos, de que a lo mejor está un gracioso haciendo reventar de risa a todo un pueblo, y él por dentro se está muriendo tan de pena que no hay esperanza de ventura que valga a consolarle.

Mas don Luis, en cuanto oyó con muy buen agrado las discretas razones de Rodrigo, no estaba para prestar atención a otra cosa alguna que no fueran las palabras de la señora Lucía de Pablos, y así le rogó a esta que le dijese algo de su vida antes y después de ser comediante.

*La Mariblanca*, por vía de piedra de toque, le dijo:

—¿Su merced cómo va a escucharla, como indiferente o como enamorado?

Y respondió don Luis.

—Tú cuéntala como tú quieras que yo no podré dejar de escucharla como enamorado.

—Lo digo porque entonces va a sufrir su merced en algunos párrafos, por más de que yo procuraré no cargar la mano en la pintura, aunque a la verdad poco se le puede dar, ya que antes ninguno nos conocíamos y así no teníamos por qué guardarnos respetos.

\*\*\*

«Yo señor, soy *gata*, como ya sabrá su merced que nos llaman a los que nacimos en las verdes riberas del Manzanares, “arroyo aprendiz de río” y mar de la gente que se lava a dedo, que de esta y otras despectivas maneras le suelen llamar los poetas.

Nací en la Puerta del Sol, que es como quien dice el ombligo de la Corte al amparo de una historiada fuente que le dicen *La Mariblanca*, y a ella le tengo que agradecer que me llamen así.

Era mi padre cordonero y tenía puesto su poco de tienda, mi madre entendía algo de comadrear, y así ambos se ayudaban y nos sacaban adelante a mí y cuatro hermanos; ya pienso que el uno tendría que darse prisa a torcer seda, y la otra a tirar náufragos a los revueltos mares de la vida...

En cuanto pude, por razón de la edad, me quitaron de la escuela y me puso mi padre a ayudarle en el oficio, y llegué hasta los once años en que Dios, que es justo, fue servido de llevársele, dejándonos a todos en el mayor desamparo y abandono.

Anduvo el tiempo, Dios sabe con cuántos trabajos y miserias, sobre todo para mí, pues mis hermanos me fueron abandonando poco a poco y me dejaron caer a la postre sobre los colchones de un clérigo avaro y libidinoso, que me compró por moza y barragana a un mismo tiempo... Dejádme que dé un salto de aquella época, porque solo

de recordarla, las carnes me tiemblan y la sangre me hierve hasta renegar de los míos y aun de la misma que me dio el ser por consentidora de aquella infamia.

Fue mi redentora de aquella esclavitud una cómica del coliseo del Príncipe, y viéndola hacer comedias un día y otro, vino el que me contagiara e hiciese en mí propia el descubrimiento de que también servía para el caso, pues me sacaron de figuranta en una de don Pedro Calderón que se intitula *Semiramis o la hija del aire*.

Parecí bien, y en habiendo comedia de las llamadas de teatro, luego me buscaban para salir en ella, porque dicen que hacía muy buena figura...

Acaeció que de los muchos galanes que merodeaban en torno a mi señora hubo uno a quien le parecí de perlas y, determinando tornar la pleitesía del ama por la de la criada, comenzó a hacerme la corte muy a lo almibarado. Yo no hacía caso en principio, pero así como me enteré de que era hombre de cierta influencia con los cómicos, por ser una especie de tachuelero de comedias viejas, quiero decir que las refundía, comencé a darle oídos y dejarle consentir, hasta que le reduje por completo a mi voluntad.

Aún me acuerdo de un sonetillo en que me dio a entender su pretensión (que no era mal poeta, un poco a la manera antigua, algo conceptuosa, pero muy gentil), y he de decirle, para que juzgue su merced, que no era lerdo; solo había una cosa que me lastimaba, y era que me doblaba la edad. Dice el soneto:

Si no hay el decirlo gran pecado,  
cuénteme, *Mariblanca*, por su vida,  
¿cómo naciendo para estar servida  
le ha placido el tomar tan bajo estado?  
Lindeza ha vuesarced tan repulida  
y gracia y galanura en tanto grado,  
que bien pudiera presidir estrado  
donde quiera que su ama le presida.  
Si ella en ciencias de amor es profesora,  
mal vale vuesarced para enfermera,  
pues que tiene la borla de doctora,  
y ya sé yo muy bien de quien rasgara  
las vendas que una reina le pusiera  
si luego vuesarced las hilvanara...

Todo finó en que el ama se enteró que de sirvienta había dado en rival suya, y como no era mujer que sufría competencia, de allí dos días me puso en la calle; no había sitio donde cobijarme y me fui a la del dicho tachuelero de las comedias.

Poco estuve allá, que los poetas no son gente normal sino para su oficio, y en la vida real las más desordenadas y caprichosas criaturas que sufre la faz de la tierra. Mi don Gregorio, sobre ser viejo y gruñón, era celoso y de no buenos hígados, además de cicatero y miserable, que no gastó algún dinerillo conmigo sino los primeros días, cuando aún estaba yo en casa de mi ama.



De allí a poco, se formó una compañía para Andalucía, pedí puesto en ella, y como fui admitida, sin decirle nada me salió bonitamente una noche y al amanecer del siguiente día tomamos la ruta del puerto de Málaga.

Fue el primer punto en que hicimos escala Ciudad Real, cuya hidalga gente es muy aficionada a las funciones de teatro, por lo que todos aquellos lugares suelen ser (en yendo bien la salud de los campos y los viñedos) como la Meca de los cómicos, y allí, señor mío, fue donde hallé la primera ocasión de enamorarme. Pasaré el caso muy en volandas por no dar pesadumbre a su merced, que ya sé yo que daña mucho el que persona empleada en nuestro cariño haya sido antes esclavizada por el muchachuelo de los ojos vendados.

En la misma posada en que vivíamos toda la compañía había un mozo muy galán, hombre como de veintitrés a veinticuatro años, que era hijo de los posaderos. Estudiaba en Alcalá y pasaba con sus padres los días de vacaciones, que comenzaban a finales de abril. Era tan despierto y galante, que a pocas veces que me habló supo robarme tan entera la voluntad, que me dejó sin alguna.

Se llamaba Ramiro, que no se me olvidará su nombre en todos los días de mi vida. A él le gustaba yo por extremo como mujer y como actriz, y diciéndomelo y escuchándose todos los días aconteció que una tarde me pilló sola durante una siesta y terminó de hacer conmigo lo que aquel condenado clérigo había dejado a medio comenzar.

Mas quiso mi mala estrella, que nunca me deja terminar las venturas, pero sí los sinsabores, que nos diera mal el naipe en aquella tierra y fuese menester levantar el campo. Ramiro se había enamorado tan bien que no quería dejarme, e hizo propósito de sumarse a la compañía, pero yo, aunque no deseaba tanto un buen partido en Madrid, como su cariño, comprendiendo que si en consentirle hacía por el pronto mi felicidad, podría deshacer la suya para siempre, tuve presencia de ánimo y la fecha antes de la marcha llamé a su padre, que era un buen hombre, y le advertí de todo, de manera que pusiese a su hijo a buen recaudo para que no llevase por obra aquella locura.

El señor Damián (que así se llamaba el posadero) supo hacerlo tan bien, encerrando a su hijo, que a despecho de mi corazón partí sola. Nunca más volví a verle, y así este es el único amor que hasta la hora de esta ha dejado en mi pecho aromas de nostalgia...

Recorrí la mayor parte de la Andalucía y por algún tiempo guardé en mi pecho limpia memoria del sopista, pero no pudo ser mucho, que la vida es muy tirana y es necesario hacerse a sus crueles capítulos. Tras aquella aventura se presentaron otras a las que fue preciso hacer cara; unas por mandato de la naturaleza (que cuando se siente una picazón es necio dejarla que se pase sin echarle el consuelo de las uñas), otras por necesidad, pues cuántas veces cuando no hay moneda tiene que suplir el cuerpo el valor de la plata.

Con todo y con esto iba medrando en el oficio y sacando mañas para ser un día primera en alguno de los teatros de Madrid, Cádiz o Barcelona, que con todas sus tiranías son, señor, los únicos que merecen la pena, pero me aconteció, para mi mala ventura, que en Granada se me aficionó un oidor de su chancillería, y como el hombre era más viejo

que la Alhambra, di en no hacerle caso; cuantos más sofiones y desvíos le daba yo, él más se recreía, hasta que una tarde me fue preciso hacerle una burla pesada de la que se dolió tanto, que no dejó de buscar forma para dar conmigo en la cárcel.

Fue la burla, citarle una tarde en el cuarto del teatro y consentirle de manera que me quedé en enaguas y como dispuesta a seguir adelante. Figúrese, señor, cómo estaría el demonio del viejo. Yo no recuerdo de haber visto peor estampa en todos los días de mi vida... Estaba ya de antemano concertada con tres o cuatro compañeras y el apuntador para que entrasen en mi aposento en un momento dado. Comenzó el vejete a tirar de ropa también, viendo cómo le enseñaban el camino, y cuando se encontraba en la más irrisoria figura que puede soñarse, he aquí que embocan aquellas fieras en el aposento; el hombre no sabía dónde guarecerse y con la angustia de que no le viesen ni padeciese su autoridad, por librarse del ridículo dio, inconsciente, en otro mayor, y fue salirse tal y como estaba a un terradillo que caía sobre un patio de vecindad.

Sepan solo que era aquel dicho patio donde se reunía la flor y nata de la gente terne granadina. La rechifla y bureo que se levantó, sin duda que se oyó a cien leguas. Yo, haciendo de la confusa por la sorpresa, y como si quisiera librarle de ser visto por mis compañeros, cerré la puerta del terrado, y allí se estuvo el infeliz aguantando la *pavana*... Nosotras nos marchamos y tuvieron que entrar los celadores del teatro a poner en libertad al usía...

Se enteró Granada entera, pero los cómicos tuvimos que marcharnos, porque en lugar de estar callado por vergüenza, dio en cerrar sobre nosotros que no nos dejaba sosegar...

De allí a poco volví a Madrid, pero no habiendo acomodo me alisté con este bueno de Rodrigo, que es una bella persona y discretísimo *autor*; juntos hemos pasado lo que no ignora su merced, y quién sabe, si Dios no lo remedia, que, como dijo el otro, aun no se ha metido toda la cosecha en el granero...».

\*\*\*

Ya el bueno de don Luis había caído tan de lleno en las garras de *La Mariblanca*, que ni la descarnada confesión que le hizo de su vida anterior tuvo poder para moverle un punto de lo que tenía determinado.

La moza se dejó querer y consintió en el martelo, tanto, que de allí a pocos días pasaron a Barcelona llevando de curador y protector de todos al hidalgo.

Notable fue el gusto con que fueron recibidos del público, y por más de dos meses ni un día dejaron de ver lleno el teatro, con lo que lograron muy provechosos partidos, sacando, como se dice, ánima de pena.

La fama y buen nombre de la cómica se extendió por todo el principado, y aun pasó las lindes de la *Coronilla* hasta llegar a Madrid, que fue donde se labró el mal de la compañía y la desdicha amorosa del apasionado don Luis...

La Junta de la Corte tuvo noticia del buen arte de la cómica andariega, y con aquella despótica autoridad que la dicha Corporación tenía por norma, le ofreció partido

en el coliseo del Príncipe y le ordenó que en la primera galera que saliese de Barcelona se pusiera en camino.

El partido que le ofrecieran era mucho menos del que ella cobraba por el entonces, y así se negó en redondo, aduciendo falta de salud y perjuicio en sus intereses.

Pero no le valió de nada, porque así como llegó su respuesta a los señores de la Junta, volvió orden de traerla presa si no se prestaba a venir de grado, que mucha honra le hacían sus mercedes con destinarla al servicio de Madrid, donde asiste la corte y monarquía de la nación española.

Se hizo forzoso, si no quería venir en cuerda de presos, obedecer la tiranía, y, dejando a todos en la mayor congoja, porque era quien llevaba la gente, partió una tarde de invierno de la espléndida ciudad de Barcelona.

Si algo se le daba a ella, era el separarse de los compañeros, que de su galán apenas le quedó memoria cuando se apartó dos leguas.

Ahora se iba a cuidar ella ni a sufrir tormento por estas pequeñeces habiendo tantos sobre la faz de la tierra...

SE ACABA AQUÍ LA PRIMERA PARTE

## SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO PRIMERO

### «LA MARIBLANCA», PRIMERA DAMA EN EL CORRAL DEL PRÍNCIPE

No han transcurrido más de cuatro años desde aquel capítulo postrero de la parte primera en que dejamos a *La Mariblanca* caminando a Madrid de por fuerza, y ya han le han acontecido tantas y diversas cosas, que ciertamente parece otra distinta.

Ahora es dama en el corral del Príncipe, y aunque mucho le ha costado el aclimatarse a esta otra vida del teatro (relativamente metódica si se compara con la que traía en provincias), al fin tiene sus puntos y ribetes de señora.

Tres años seguidos van que la *Junta* cuenta con ella y que el público la recibe con aplauso y tienen celos de ella compañeras de tanto empaque como María Hidalgo y Rosalía Guerrero, y aun se dice que la misma María de Ladvenaut, insigne joya entre las comediantas más famosas de España, no la mira con buen aquel, porque a veces la mosquetería tanto se paga de una como de otra.

Ella está lindamente, vive en una casa nueva de la calle del Fúcar, esquina a la de San Juan, triunfa como una reina y se divierte y refocila a su sabor, ni más ni menos que una marquesa de rompe y rasga.

No acusa su mansión aquella pobreza con que suelen vivir los comediantes, en cuyas casas no se ve más que lo justamente indispensable para la vida. Allá se advierten toda la comodidad y regalo que puede tenerse en un palacio.

Muebles costosísimos, tapices y rasos por todas partes. En los aparadores brilla la plata con la profusión que en los escaparates de la calle Mayor. En las vitrinas y joyeros hay ricas porcelanas de Sevres y el Buen Retiro, magnífica cristalería de Bohemia y La Granja, peinetas de purísima concha y transparente carey y abanicos soberbios traídos de la corte de Francia...

Todo ello no ha salido del difícil arte de representar comedias. Diversos pródigos lo llevaron porque fuera de las tablas siguiese la señora Lucía de Pablos hilvanando farsas de amor.

A este tiempo, privaba un noble y opulento aristócrata, ya de alguna edad, que viejo enamorado mira primero el bulto de su faltriquera que la llama de su corazón.

El hombre era filósofo sobre todas las cosas y tenía el difícil don de saber hacerse cargo.

Comprendía muy bien que a sus años no se podían encender pasiones, y así tomaba a la mujer como un capricho necesario, exigiéndole que le fuese fiel mientras la tuviese al lado...; después, allá ella que fuese de esta manera o de la otra, él no habría de sufrir menoscabo en su honor...

\*\*\*

También *Mariblanca* aceptó al viejo galán de la misma manera, y no curaba mucho de guardarle aquella fidelidad a que tiene derecho el que paga. Y así no perdonaba merienda en el *soto* ni jaleo en la pradera.

De una en otra aventura, un día, cuando menos lo pensaba, vino a acontecer que el amor llamó reciamente a su corazón, y casi sin sentir le abrió la moza las puertas de par en par.

Fue el favorecido un galán de su compañía que hacía siempre los papeles de lindo en las comedias de capa y espada.

Pepillo Romero, que este era su nombre, la ganó por *majo*, que siempre los desplantes y bravonadas de los hombres han hecho huella en el corazón de las mujeres.

Tiempo hacía que al comediante le gustaban el garbo y belleza de su compañera más que cobrar un buen partido y no tener en toda la temporada beneficio de verduleras, quiero decir, que no le saludasen nunca con berenjenas, zanahorias, brecoleras ni otros proyectiles de mercado por el estilo.

Había ya asestado varios tiros contra este blanco, pero nunca tuvo fortuna. Era al principio de la amistad de la *niña* con el viejo y opulento marqués y no pensaba aquella que estuviera bien tropezar tan pronto; además, ¿qué ventajas podría ofrecerle Romero?

Sin amores ni martelos se vive más tranquilo y sosegado; al fin no dan más que sinsabores y quebraderos de cabeza.

El mozo era gentil y de buena gracia, pero acaso por esto más que por otra cosa no quería ella comprometerse; corría el riesgo de enamorarse.

Lo que sí hacía era consentirle, y a veces, cuando no iba a buscarla el coche, dejarse acompañar.

Pepillo no cesaba en su porfía de quererla y ella de negarse.

—Su merced podrá no quererme, pero impedir que yo la quiera, ni su merced ni la Junta de teatros.

Se reía *La Mariblanca* y respondía:

—Eso sí que no. Vea su merced, ahí no llega mi autoridad ni mi influencia. Puede su merced quererme cuanto le venga en gana, y conste que yo le quiero a su merced, pero de otra manera, y por esto me duele que pierda el tiempo lastimosamente. Vamos, ¿quiere que le ayude yo misma a desenamorarse de mí?

Y Romero, que comprendía el sistema, que era el de darle rabiosos celos coqueteando con todo el mundo, la rogó angustiosamente que no hiciese esto...

—Además, *Mariblanca*, yo tengo la convicción de que su merced ha de quererme un día acaso más de lo que yo la quiero en este momento, y es tanto, que no encuentro palabras bastantes para decírselo.

Siguieron, pues, en buena armonía las relaciones de ambos, tanto que, sin haber nada cierto, ya comenzaban a murmurar las gentes, que siempre tienen más cuenta con las vidas ajenas que con la propia.

Una tarde de las hermosas de abril, después del ensayo, como hacía magnífico tiempo, se fue *Mariblanca* hacia el *Prado* acompañada de Romero; tan galanes iban ambos, que nadie los miraba que no les tuviese por martelo.

Allí estuvieron hasta que comenzó a anochecer.

Entonces tomaron la vuelta de casa de la cómica. Ya estaban cerca de ella, pues comenzaban a subir por la calle de las Huertas, cuando *Mariblanquilla* tuvo que agarrarse al brazo de Pepillo, porque dándole un insulto, se sintió desvanecer. En un instante quedó blanca como la nieve, y el hombre no sabía cómo auxiliarla. Vio a pocos pasos una taberna y allí la embocó para hacerle tomar alguna cosa que la fortaleciera.

Aquella hora estaba el tabernucho lleno de jaques, gallofos, carreteros y otra gente insigne, que así como vieron entrarse a la pareja tan a mansalva, hicieron propósito de divertirse a costa del galán que estaba azorado...

*Mariblanca* fue reponiéndose poco a poco de modo que tornó a sus mejillas el hermoso color que solía ser envidia de las rosas...

La distinguida parroquia comenzó a mirar soezmente y a prevenir burlas. Romero lo advirtió y, tragando saliva, hizo propósito de aguantar lo posible mientras no pasaran a mayores desmanes.

Cuando vio que ya estaba más sosegada la buena moza, pidió para fortalecerla una copa de anís.

—¿Y su merced, qué va a tomar? —preguntó al cómico el chico de la taberna.

Y el hombre, que estaba un poco excitado de nervios, dijo que zarzaparrilla.

Oír esto los majos y decir: «¡Jesús, zarzaparrilla como las damiselas!» todo fue uno.

Se le revolvió al cómico toda la sangre y parecía que el corazón se le caía de su sitio, pero calló.

Trajo el muchacho el anís y la zarzaparrilla y los puso delante de cada uno.

Cuando el hombre iba a tomar su vaso y echárselo a pechos, se le acercó uno de los jaques, el que de entre todos parecía más carne de presidio, trayendo en la diestra una copa llena de aguardiente; tomó el refresco y arrojándolo al suelo dijo:

—Perdone el hermano, esos potingues son para las niñas, su merced tomará aguardiente, que es bebida de hombres...

Una oleada de sangre le cruzó por el cerebro, pero al verse nerviosamente cogido por *La Mariblanca*, que tirando de él hacia la calle le decía:

—Vámonos, Romero —hizo un supremo esfuerzo sobre sí y dijo:

—Espere su merced un momento, que no se pueden desairar las finezas.

Tomó luego la bebida que le ofrecía el valiente y diciendo:

—Va por su merced —apuró el vaso de un solo trago.

Sacó luego un tabaco de hoja que al salir de la petaca esparció un grato aroma, echó yescas con mucha parsimonia, y mientras lo hacía dijo al mozo.

—Ponme en un vaso de cuartillo aguardiente del peor que haya en la casa.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó ella toda trémula.

Y él, sin que le oyeran los otros que se habían apartado a reír el lance, respondió:

—Corresponder al convite —y siguió fumando.

Tomó luego el vaso, lleno de la abrasadora pócima, se fue con él a la mesa donde estaba la camarilla, lo puso delante del bravo que le invitara, dio dos fuertes chupadas en el puro con que le encenizó una buena parte, sacudió la ceniza dentro del vaso y revolviéndola luego con dos dedos, dijo:

—Amigo, me va a hacer su merced el gusto de tomarse está ambrosía sin dejar una gota...

Le miraron todos, y que no leerían en su gesto inmóvil, que el obsequiado, sin hablar palabra, tomó el vaso y le apuró como si fuese la más gustosa bebida del mundo.

Pagó el gasto Romero, y dijo luego.

—Buenas noches —y tomando del brazo a la señora Lucía de Pablos, que llena de espanto había sido mudo testigo de la tragicomedia, salió a la calle.

Y de esta manera, a lo majo, fue como Pepillo Romero ganó el apetecido tesoro de *La Mariblanca*, la primera dama de su compañía y una de las más famosas de la Corte.



## CAPÍTULO II

### MARIBLANCA EN LA COMPAÑÍA DE LOS SITIOS

Por espacio de una temporada navegaron con buen viento las suertes de *Mariblanca* y Pepillo Romero, que ambos parecían quererse más que a las niñas de sus ojos.

El usía de la comedianta, o no se enteraba o fingía que le estaba bien no enterarse, o echando mano de su sistema filosófico, se hacía cargo de que siempre que no dejase de estar servido, en lo demás no había agravio alguno para él.

Y de esta apacible manera siguieron las cosas hasta que, llegado el 21 de abril, término del año teatral en la Corte, se cerraron los teatros, y cada cual se fue por su lado a buscarse la vida hasta que se comenzasen nuevamente las comedias.

*Mariblanca* pasó de primera dama a las compañías de los *Sitios*, que de esta manera se llamaban a las que seguían las jornadas de los reyes a El Pardo, El Escorial, Riofrío, La Granja y Aranjuez.

Pepillo Romero no logró puesto, y así tuvo que quedarse lejos de su dulce enemiga. Y en esto estuvo el daño y muerte de su buen amor, porque esta clase de mujeres son de aquella pasta especial que solo saben querer de cerca. Son como los muchachos desaplicados que atienden a la lección mientras tienen el libro delante de los ojos; pero cuando lo cierran, si alguna vez, por casualidad, vienen a hacer memoria de él, no recuerdan más que las pastas, nunca lo que tienen por de dentro.

Acaso sean capaces de guardar fidelidad en el corazón, pero no en la carne pecadora, pues piensan con mucha y bellaca verdad que para librarla de picazones, tanto, y a veces más, vale un gañán del campo que un grande de España.

En cuanto se apartó de quien la supo ganar con bravura, comenzó a hacer cara a la vida, según y como se lo iban ordenando las circunstancias, y antes de acabarse la primera semana en los maravillosos jardines de La Granja ya sabía cómo era debajo del uniforme un capitán de guardias de Corps.

¡Cuántas veces después de una de estas jornadas, tomaba la pluma y escribía a *su* Pepillo las más tiernas razones, y él, saltándosele el corazón de ventura, leía párrafos tales como este, que solía ser escrito estando aún con el desfallecimiento que trae toda batalla de amor en los deleitosos campos de la cama:

«Ahora mismo me tienes tal, que no estaría más desfallecida que cuando se acababan aquellos ratos tan placenteros para los dos. Bien puedes creerme que me ha ocurrido todo por los mismos pasos contados. Tengo presentimientos de que mañana a la misma hora que hoy me ocurrirá lo mismo...».

Y no mentía la tal, puesto que ya lo tenía todo dispuesto y concertado para que fuera de esta manera.

Aun dicen que alguna vez llegó a inquietar la mansedumbre y sosiego del monarca, aunque no cuentan las crónicas si pasó adelante; porque Su Majestad, entre las

penas pasadas, la recia misantropía y los cuidados de atender las disposiciones e intrigas del ministro Grimaldo, no parece que le quedaba lugar para otra cosa.

\*\*\*

Comenzaba septiembre cuando la Corte se trasladó a *El Escorial*, y allá fue también, como impedimenta y equipaje necesario, la bandada de cómicos.

Aunque el monarca tenía bastante y aun le sobraba para distraer su tedio con la prodigiosa voz de Farinelli, permitía las comedias de verso para la Reina, el Príncipe y los Infantes.

No cuajaban ya tan reciamente en el real sitio aquellos tiempos austeros y sombríos del Rey *Prudente* y devoto; las brisas de los vergeles versallescos habían azotado las paredes del monasterio, y así había más banalidad en liturgias y costumbres.

Puede decirse que solo en torno del soberano merodeaba la tristeza; mas en apartándose de él dos pasos, la gorja y la frivolidad triunfaban a todo talante y satisfacción.

Como hasta el ingenio nos llegó de Francia con la nueva dinastía, las gentes de Palacio desterraron de sí el uso de nuestras famosas comedias del siglo anterior, y así pasó el parnaso francés a ocupar entre la gente de alcurnia el lugar que, aun en la clase media y en la plebe, continuaban ocupando las musas excelsas de Lope, Calderón y Moreto.

Hasta muchos años después no triunfó el mal gusto de las comedias afrancesadas y de las tragedias grotescas, que han venido a ser una fea mancha en nuestra literatura escénica.

Aún se oían los rotundos pasajes del clérigo don Pedro, con mucho contentamiento, y aquellas deleitosas brisas de la Vega del Parnaso hacían mucho bien en quienes tenían el espíritu bien acondicionado y lleno de españolismo.

Todavía no había cuajado con la firmeza que poco después la perversión del gusto y desmanes del sentido común, admitiendo por bueno todo lo malo que de Francia nos llegaba; pero ya comenzaba a verse la hilaza, y no había de tardar mucho en dar fruto la simienza.

\*\*\*

*La Mariblanca* continuaba siendo preferida de la gente, que no había quien la viese actuar una sola vez que no la tuviese por la mejor comedianta de España y aun de cuantas nos llegaban de allende el Pirineo.

Alguna noche contribuyó con *Farinelli* a despejar la grave melancolía de Su Majestad; el desenfado de sus zarabandas y el gracejo de sus canciones, en las que florecía toda la gallofa castellana, supieron poner una sonrisa en el mal aderezado rostro del dolorido monarca.

Parece que alguna noche, no solo dijo Don Felipe que venga *Farinelli*, sino que venga *Mariblanquilla*, y no solo se recreó mucho con su donosura, sino que se encantó con el encanto de su persona, y a la mañana recibió algún costoso presente venido de la regia cámara. Ello se repitió más de una vez.

Y parece que no sentó muy bien en el ánimo de doña Bárbara de Braganza.

Mas estos casos no fueron muy frecuentes, porque Su Majestad era muy poco dado a veleidades y aventuras de faldas.

Así como terminó la jornada regia, se dio también por terminado el menester de la compañía, y todos volvieron a la Corte a navegar como pudiesen en los teatros de Madrid.

A *Mariblanquilla* poco se le daba de que pintasen oros o bastos, puesto que ella tenía el porvenir seguro, y así continuó ateniéndose a sus gustos y caprichos.

Tallaban el magnate y Pepillo Romero, y a ambos los sabía tener tan contentos, que cada uno la consideraba como la más firme mujer que pisaba tablas de teatro.

Anchos y confiados eran de conciencia, y a fe que si tan holgada la tuvieron para los pleitos de su alma, no les arrendara yo la bienaventuranza que les pudiera caber después de los pasos y carreras de esta mala vida...

### CAPÍTULO III

#### OTRA JORNADA DE LAS CORTES DE LA MUERTE

A poco de tornar a la corte la ninfa de Talía, dio también la vuelta de su cruzada Pepillo Romero; volvieron, pues, a hallarse los dos amantes, y no creo yo que hiciesen más extremos y algazaras si tornasen a la vida los de Teruel o aquellos otros insignes de la ciudad de Verona que con tantas galas se andan por los folios de notables libros.

Por más de una semana estuvieron juntos a toda hora del día y de la noche, y tanta ventura prometía ser eterna. Bien podían asegurar que en aquel espacio dejaron saldados todos sus atrasos de amor, y aun se hicieron algunos adelantos.

Solamente en darse razón de sus hechos y sus vidas, en el tiempo que duró su ausencia, emplearon muchas horas, y en verdad que ambos se dijeron cosas de mucho donaire y curiosidad que podrían llenar numerosas páginas en una historia de la farándula.

Romero parecía una crónica viviente, según el fuego y entusiasmo que empleaba contando sus dichas y desventuras pasadas en aquella égida.

Habían sido más los entusiasmos que los provechos, y aquellos se iban amortiguando hasta quedar casi desvanecidos al ver que la mala ventura era ángel tutelar de la compañía.

En ella no iban eminencias ni figuras notables, y como las comedias estaban al mismo alcance, los ingresos no alcanzaron en lugar alguno a cubrir los más perentorios menesteres.

Muchas tormentas había corrido hasta entonces, pero ninguna tuvo tan marcadas las proporciones de la catástrofe.

Aun hubo quien pagó la cruzada con la vida. ¡Válgale, San Ginés!

Ello fue en un pueblo de Extremadura, cercano de Andalucía.

Tornaban una tarde los más de la farándula de distraer el hambre con la delicia del campo, y procuraban alegrarse en lo posible con chistes y vejámenes, haciendo mofa y caricatura de su propia miseria.

Era quien más ahondaba en los donaires (por hacer honor al cargo), *Marquillos*, el gracioso, y en verdad que lo hacía con muy buena chispa. Palabra que salía de su boca, era rémora para un pesar, por lo que todos, a más de regocijados, venían a quedarle contentos.

Ya de vuelta del paseo, hubo de cruzar la maltratada camadería por una viña. Rondaba el guarda, y al hallarse con los cómicos entró con ellos en parleta, y a fuerza de agradecido por las chocarrerías de Marcos, les dio licencia para que se metieran en el cercado e hicieran honor a las señoras uvas, que como ya iba septiembre muy adelante, estaban muy maduras y sabrosas.

Los pobres, que traían el hambre disfrazado de golosina, no se hicieron repetir el convite, y se metieron por las cepas como tudescos por tierra conquistada.

La necesidad quedó satisfecha.

Hubo quien, teniendo en cuenta el forzoso ayuno, quiso llenar el estómago para muchos días, y fue quien más el desaprensivo *Marquillos*, que entre gracia y gracia desaparecía un racimo.

Cumplieron como buenos, y a la postre, se fueron satisfechos y agradecidos, sin pensar que se llevaban prevenida, para florecer, la mayor amargura que hasta entonces tuvieron.

\*\*\*

Cenaron aquella noche lo poco que pudieran lograr de la caridad de los maesos donde posaban, que fue unas sopas aderezadas con aceite y unas migas con salpicaduras de torreznos.

Mas, cuando todos comenzaban a confiar al sueño la carga de sus quebrantos, les despabiló *Marquillos*, que a puros retortijones se moría.

Le acudieron presto y vieron que las uvas le ponían en aquel trance. Aunque los remedios menudeaban, y tanto más le martirizaban con ellos de lo que ya le hacían por su cuenta los dolores, no conseguían alivio, sino que más se agravaba cada minuto.

No había médico en el lugar y tuvieron que llamar al albéitar, que así ocurre en muchos pueblos, no tienen médico que cure de la salud humana, ni maestro que gobierne las inteligencias, pero en cambio tienen físico para los animales y pastor que les embote los sentidos en nombre de una divinidad sucia y mugrienta clavada en un palo.

Digo, pues, que a falta de asistencia más propia, el albéitar vio al paciente, y luego conoció que aquello era más grave de lo que pensó en un principio, y que su ciencia, aprendida en los animales, no alcanzaba a sacar a aquel infeliz de las garras de la muerte.

Le atendió como bien pudo y le dejó diciendo que nadie más de la Naturaleza podía sacarle de aquel naufragio en que se hallaba la quebrantada nave de su vida.

De esta manera lo entendió también el paciente, pues, al querer hacerle tragar otra bala de plomo, para que, con ayuda de otras dos que llevaba de vanguardia, le desembarazase el camino de las tripas, dijo con mucho conocimiento de lo que hablaba:

—Hermanos; no os toméis más cuidados, ni me hagáis padecer más de lo que padezco, pues muy bien conozco que me ha llegado el final de la temporada. Como dicen: una boca menos y una ración más. De aquí a otros dos retortijones seré un pasajero en la destartalada barquichuela de Carón. Yo, la verdad, aunque es mi natural desaprensivo y regocijado, siempre tuve un poco de respeto a la religión que me enseñaron de chico, y esto, más que por ella en sí, porque los labios de mi madre enseñaron a rezar a los míos; así, pues, amigos, quisiera que me trajeseis presto un cura a quien necesito entregarle ciertas cosillas que tengo allá en la conciencia, no sea que con ellas no me dejen pasar a la otra vida. En lo que vais por él, dejadme solo que me recoja unos minutos.

Se hizo de esta suerte, y en seguida llegó el párroco de la villa, con el que estuvo un buen espacio.

Cuando el ministro salió de la pobre estancia, no acababa de hacer elogio de la serenidad de espíritu del moribundo. Aseguró que en todos los años que llevaba en el cumplimiento de su ministerio (y eran más de cuarenta), no había visto tal firmeza para morir.

Entraron todos los compañeros con las caras tristes y los corazones en pena, y como los viera *Marquillos*, les habló de esta suerte, entre serio y regocijado:

—Acercaos acá, amigos, que ya tengo liados los bártulos y voy a emprender la temporada larga, donde no hay Cuaresma, ni escasez de dietas, ni se pelea con autores ni zafios ni listos. De aquí a una hora ya no seré más que un montón de huesos liado en un sucio y resquebrajado pergamino; de manera que, como dijo el otro, adiós, que me mudo.

Y fue alargando la fría diestra, empapada ya en el viscoso y frío sudor postrero a cada uno de los cómicos, y para todos tenía un donaire; era la última carcajada del histrión...

—Agur, bisojilla mía —le decía a la primera dama—. Tengas más suerte que yo, y que te vea, desde arriba, en el corral del Príncipe haciendo menos a la *Ladvenant* y a la *Caramba*, que materia tienes para ello como te den pie. Acuérdate alguna vez de mí. Queda con el Dios que me lleva, Josefica Hidalgo, y no desdeñes de hacer damas graves, que ya vas teniendo años para ello; no me lo tomes a ofensa. Tú, Juanico Navas, apréndete mejor la comedia de anoche y no te mueras como te mueres, que más parece que lo haces de risa que de dolor; ve si ahora puedo darte alguna lección. Amigo Colasico: de aquellos seis reales no te digo nada; pero quisiera yo, si alguna vez te sobran, que los empleases en una misa por mi alma...

Mandó luego que le colocaran en el suelo con una candela en una mano y le dejasen solo de allí a media hora.

Lo hicieron tal como suplicaba el moribundo, y llenos de intenso dolor, que cada uno era manantial de lágrimas, se salieron al zaguán.

Cuando tornaron de allí a poco *Marquillos* era muerto.

En su rostro no había dejado la *descarnada* huella de dolor ni de espanto. El gesto era plácido, un poco sonriente, como si el buen Marcos hubiese quedado satisfecho del momento postrero de su tragicomedia...

En la misma estancia quedó hasta que en la mañana siguiente le llevaron a la fosa.

Una vela de cera amarilla, puesta a la cabecera del lecho, tenía por toda luminaria. Los camaradas se quedaron de velatorio. Al principio todos dentro del aposento; pero a poco, como la noche era serena y templada, siendo mediado septiembre, se fueron saliendo a la portalada.

Dentro solo quedó Pepillo Romero. No quería abandonar a su amigo hasta dejarle en la paz de la Tierra...

Fuera se oía la charla de los cómicos, que, si primero era toda triste, como laudo del compañero difunto, fue animándose insensiblemente, y en algún momento, por la fuerza de algún donaire, vibró alguna risilla contenida.

El cansancio les fue rindiendo, y la mayoría buscaron el camino de los incómodos jergones. Alguno se quedó por no dejar solo a Romero; pero si hubiera sido posible explorar su sentir se hallara que diera algo bueno por seguir el ejemplo de los demás.

Es lo que ellos decían: porque pasemos una mala noche no hemos de volverle a la vida.

En un reloj lejano marcaba el tiempo sus pisadas graves y sonoras. El vientecillo frío del amanecer se metió en la estancia, cosquilleó los cuerpos de los que velaban e hizo estremecer la débil llama de la candela.

Sobre la enjalbegada pared se pintaba el afilado perfil de *Marquillos*, y destacando sobre el seno, el crucifijo de alheña que el vicario le puso entre las manos yertas y agarrotadas.

Una brisa más fuerte mató la luz. Los dos cómicos dormían arrebuajados en sus capas, y así no lo advirtieron.

De allí a poco comenzó a clarear el día.

El aire fresco de la mañana despertó a los dormidos; quisieron encender la vela, pero no hallaron yescas, y advirtiendo como el nuevo día se acercaba a más andar, desistieron de ello.

Al poco entró el alba con todo su esplendor y besó la frente serena del comediante muerto.

Al día siguiente recogió la farándula sus trapos y su miseria y se alejó del pueblo.

Silenciosos y cabizbajos iban todos; las mujeres sobre la desvencijada carreta tirada por una mula hética, que más semejaba anatomía automática que bicho viviente, y los hombres, a pie, alrededor.

No les alentaban ya aquellos donaires y buen humor de cuando entraron en la villa a comienzos del verano, sino que una honda melancolía les traía de mala guisa, y al cruzar por el atrio de la iglesia donde dejaban al compañero, les apretó tanto la pena que por todos los rostros corrieron lágrimas.

\*\*\*

Tal fue la más intensa amargura de cuantas plugo el Destino que le acaecieran a Pepillo Romero en aquella etapa que por rigores de la suerte y necesidad de la vida anduvo separado de su martelo.

\*\*\*

*La Mariblanca* lloraba cuando Romero acabó su relación, y enjugándose con un primoroso pañizuelo de Holanda, dijo:

Desde mañana, además de la *Misa de Hora* que oyen los cómicos por costumbre, oirán si les place, y todos los días, otra por el alma de *Marquillos*.

Y cumplió el piadoso ofrecimiento; pero fuera del primer día, nadie le reverenció más que ella, y los que la hicieron coro más fue por bullir alrededor de la cómica que por

memoria y sufragio del difunto. Aun no faltó compañero que profanase la devoción con decir que lo hacía como agradecimiento de los buenos ratos que pasaran juntos él y *Marquillos*, no habiéndose visto en todos los días de su vida...



## CAPÍTULO IV

### EN QUÉ MARES DE INQUIETUD NAVEGABA EL ESPÍRITU DE «LA MARIBLANCA»

Por el entonces no se le ofreció a *La Mariblanca* acomodo en ninguna de las dos compañías que actuaban en los teatros de la corte, y a decir verdad, no mostraba mucho interés en ello, ni emprendió gestión alguna.

Quería descansar, ya que por su buena estrella tenía los puntos necesarios y precisos para hacer compases de espera.

Se dio, pues, a vivir como señora principal, sin otro menester que la satisfacción de sus gustos y caprichos, y así no perdonaba bureo ni diversión en que dar empleo a su ociosidad. Nada tomaba como deber, sino como deporte; lo mismo el ir a misa de mañana, como visitar en la tarde los asilos y casas de salud, donde tienen sus guaridas las lacerías y manantiales la Muerte.

Alguna que otra vez, por resabios del oficio, acudía a los coliseos de la Cruz y del Príncipe; mas nunca estaba atenta a los pasajes de la comedia, sino a la manera como fuere representada...

Jamás se esperaba hasta el final, sino que en teniendo cortejo se salía a terminar la tarde en el Prado o en San Jerónimo, o en la *Huerta de Juan Fernández*, y una vez allí solía tener en los labios alguna plegaria piadosa para el arte de sus camaradas.

Pepillo Romero, muy bien cogido en las garras de sus quereres, solía dolerse y querellarse de ello; mas ella no le hacía gran caso, y cuando mucho, respondía que la tomase cual ella era, que así la conoció, y si no le acomodaba que la dejase luego, porque en nada ni por nadie habría de mudar su condición y gusto.

Algunas veces, cuando ya se iba el día y la noche se venía a todo andar, le entraban unas extrañas bascas devotas, y dando una rabotada al cortejo de galanes y aficionados calaba en las Baronesas, en las Vallecas, en la Victoria o en San Felipe el Real, el templo que hallase más a la mano, y a fe que viéndola entrar con el velo muy sobre el rostro, toda humilde y contrita, nadie la tuviera por hembra tan desaprensiva, inquieta y andariega por las selvas deleitosas del pecado mortal.

El síntoma de esta crisis no se advertía, de suerte que no había manera de evitarlo. A veces era cuando estaba más alegre y decidora y mejor dispuesta para un rato de bureo y jolgorio.

Otras derivaba la charla por los laberintos de lo filosófico, viniendo a dar al cabo en una honda melancolía que la hacía enmudecer.

—Qué locos somos —exclamaba—. No pensamos más que en el regodeo de la carne, y allá dejamos, triste y sola, al alma, que tanto necesita de la pureza del pensamiento y la diafanidad de los sentidos. Siempre el demonio está con nosotros, nunca el ángel tutelar de nuestra vida, que se aparta llorando de pena porque no puede llevarnos

por el sendero del bien, que conduce a la gracia suprema, a la bienandanza imperecedera de la dicha eternal, donde todo es luz de la sabiduría y perfección del espíritu.

Se maravillaban todos; pero aún quedaban en mayor confusión si continuaba.

—Bien sabe nuestro Señor, que lee en mi conciencia clara, que quisiera verme ahora llena de andrajos, en la soledad de un desierto, sin más amparo que el cielo y la inmensidad de la arena, con un crucifijo y una calavera por toda compañía... ¡Son tantas las culpas de que tengo de dar cuenta...! ¡Tantos los goces carnales con que he mancillado el alma que Dios me dio a semejanza suya...! ¡Tantas las horas alegres en que he desperdiciado el vivir...! ¡Déjenme sola, quiero arrepentirme, quiero reconciliarme, quiero olvidar la vida para aprender a morir...!

Y solía acontecer que una vez que se hallaba sola, sin que nadie pudiera conturbarle el sosiego y quietud del espíritu, comenzaba a pensar en el pasado borrascoso, y haciendo balance de los pecados los hallaba tan justificados, que allá se iban los buenos propósitos de penitencia y contrición.

## CAPÍTULO V

Tal fue de allí adelante el desequilibrio espiritual de *La Mariblanca*, que no había forma de hacer historial cierto de su vida.

Grandes espacios se quedaba recluida en su casa, no saliendo de ella si no era en determinados días a visitar el hospital de los cómicos, que siempre estaba ocupado por náufragos de la inquieta y desdichada Farándula.

En las mañanas no dejaba de acudir a la misa por el alma de *Marquillos*.

Pepillo Romero fue del todo desterrado del corazón de la veleidosa, y nada le valieron ruegos ni súplicas para volver a él.

Por ahorrarse de exhibiciones no quiso salir a pie por las calles de la corte; siempre iba en coche, aunque sin lujo ni ostentación alguna; una carretela que ya debió ser vieja a principios del siglo; dos mulas cansinas, y de casi tantos años como el carruaje y un cochero, que más parecía demandadero de monjas que perillán de su oficio.

En todo el barrio conocían el tren, y no servía a la vecindad de poca burla y regocijo.

\*\*\*

Ya iba bien avanzada la temporada teatral de aquel año.

Las carnestolendas eran pasadas y la cuaresma se iba a todo andar por las estrechas veredas del almanaque.

Con motivo de ser la época piadosa en que la cristiandad recuerda el drama del Calvario, *La Mariblanca* se hallaba casi más recogida que de costumbre, pues ni aun fuera de casa salía a cumplir las acostumbradas devociones.

Comenzaba a declinar la tarde de un triste día de marzo, cuando sonó el aldaboncillo de la puerta.

La cómica suspendió su penitencia y mandó a la fámula que mirase quedamente por una ventana que daba a la escalera.

En otro tiempo no se hacían allí estas diligencias reservadas para recibir a nadie, sino que con toda soltura se abría la puerta apenas se perdían en el eco los golpecillos del aldabón.

Fue la moza, con el cuidado que le recomendó su ama, y volvió presto diciendo que era un corchete.

Repuso aquella que fuese a tomar razón de lo que quería, y que, si no le parecía que fuese muy urgente, le despachase sin descorrer el cerrojo.

Así lo hiciera la muchacha, si no fuese que el ministril le dijese que iba de parte de la *Junta*, y que llevaba un pliego para la señora Lucía de Pablos (*La Mariblanca*), cuyo recibo tenía que firmar de su puño y letra.

Con estas razones fue franqueada la puerta y pasado el hombre a la presencia de su merced.

Ya le conocía ella de cuando estuvo en la compañía del Príncipe, y más de dos veces le dio para que echara un cuartillo.

Era un vejete, escuálido y enteco, que más bien parecía difunto desenterrado que alguacil en funciones; mas aún conservaba en el rostro un cínico mohín de picardía.

—Dios guarde a su merced —dijo en viéndose en presencia de la cómica penitente.

—¿Qué te trae por aquí, Lebrija? —le preguntó esta.

—Pues además del gusto de saludar a su merced —replicó el otro, que se pasaba de bien educado y marrullero—, entregarle este papel de parte del señor presidente de la Junta y rogarle que me dé firmado el sobrescrito.

Rompió *La Mariblanca* el lacre negro que cerraba el pliego y se halló con que era una orden para actuar de nuevo en el coliseo del Príncipe. Se demudó toda y fue su primer impulso negarse allí mismo, pero de pronto le acudió otra idea y se limitó a entregar firmado el recibo que Lebrija le pedía.

Lo tomó este, y con él en la mano no se determinaba a marchar.

—¿Se te ofrece alguna otra cosa? —preguntó Lucía viendo su inmovilidad.

—¡Ay, señora! —replicó el hombre todo compungido— ¡cómo se conoce que desde que su merced anda retirada del oficio en que tantos lauros ha conquistado para sí y para el arte español de las comedias, ha olvidado las costumbres!

—Pues ¿qué pasa? —repuso la comedianta renegada, que ya no atendía a otra cosa alguna que no fuese su obsesión.

—Pasa —respondió el bellaco— que antes siempre se compadecía su merced de la sed que me abrasa las entrañas y me daba para que bebiera; pero ahora, como es recogida y recoleta, no parece sino que con la abstinencia suya obliga la de los demás, y hay una bodeguilla tan fresca aquí en la subida a Antón Martín, que bien puede creerme su merced que trunca la voluntad de un anacoreta.

Le hizo cierta gracia a la cómica la bellaquería y llamando a la moza le mandó que diese al viejo un par de reales con los que cumpliese sus devociones al dios Baco.

Le agradeció el *raspa*, besándole la mano y, tras guardarse el papel, que era resguardo de su diligencia cumplida, en el forro del sombrero, dio escaleras abajo, y en seguida en la manola calle de San Juan, en cuyo comienzo estaba la famosa bodeguilla en que se bebía el vinillo fresco y moro, exprimido de las cepas de Métrida y Arganda...

## CAPÍTULO VI

### REAPARICIÓN DE UNA ANTIGUA AMISTAD

Como queda asentado en el capítulo anterior, fue el primer impulso de *La Mariblanca* rebelarse en el acto contra la disposición de la Junta que así hacía uso de la libertad de los autores como si fuesen esclavos; pero recapacitó al instante que, si hacía demostración alguna, sería denunciada por el alguacil y la encerrarían de allí a poco, para que en la soledad de un calabozo lo pensara mejor.

Mas apenas el hombre cerró la puerta, mandó la cómica a la moza que previniese las maletas y buscase un coche de camino, pues aquella misma noche habrían de partir de la Corte. En su obcecación no se acordaba de que la tiranía de la dicha Junta podría hacerla retornar, y no con la galantería y comodidad que se debe a toda dama.

Salió la muchacha a cumplir su menester, y tornó a poco, que no lejos de allí estaba la calestería de los hijos de Simón González, aquel famoso auriga que, por gratitud de Felipe V, en recompensa de lo cómodas que sabía hacerle las jornadas a La Granja, estableció en la Corte los primeros coches de alquiler.

No podía ser el viaje con la precipitación que *La Mariblanca* deseaba, porque no había coches disponibles hasta pasados ocho días; la cacería organizada por el rey, dos fechas antes en los cotos de Riofrío, los había empleado todos.

Como en posta no le convenía ir, porque le era preciso sacar pasaporte, tuvo que renunciar a la huida y pensar en humillarse a los mandatos de la Junta.

De gran manera la contrariaba tener que volver al oficio sin ser forzada ella por la voluntad, y comenzó a buscar todos los medios posibles para verse horra del compromiso.

Desde la mañana del siguiente día comenzó a mover la complicada máquina de sus influencias y amistades de prestigio, y hay quien dice que llegó hasta el mismo despacho del señor Conde de Aranda.

Pero se llevaba con más rigor la dirección del teatro del Príncipe que el gobierno del Estado.

No consiguió nada por más que fue y vino de Herodes a Pilatos en más de ocho días, y a la postre tuvo que acudir a los ensayos y salir de nuevo a las tablas, en las que de allí a pocos días, en cuanto las tomó otra vez el aire, volvió a las andadas, haciéndolo también y a gusto de muchos como ella solía.

\*\*\*

Acabado una tarde el ensayo, iba a subir a la carretela para dar una vuelta por el Prado hasta el punto de anochecer, cuando al tiempo de poner el pie en la banqueta, oyó tras de sí una voz queda e insinuante que decía:

—¡*Mariblanca!*

Volvió rápidamente la cabeza hacia donde venía la voz, y se halló con un hombre todo harapos y pobreza, a quien reconoció a pesar de su miseria.

—¡Ramiro! —exclamó.

Era aquel mozo hijo de aquel posadero de Ciudad Real que tan buen amor la cobrara cuando ella corrió aquellos lugares en la compañía de la legua.

—¿Pues qué haces tú en Madrid y de tan mala guisa?

—No lo sé —respondió.

—¿Dejaste a tu padre y la conveniencia de tu casa? —tornó a preguntar la moza.

A que el otro dijo:

—Lo dejé todo.

—¿Por qué?

—Por ti.

—Pues ven ahora conmigo, que quiero que hablemos de esta comedia tuya, que más parece drama, como ahora se dice —repuso la comedianta; y tomándole del brazo le obligó a entrar en el coche.

La mayoría de los que advirtieron el paso, pensaron que era una nueva genialidad de la insigne desaprensiva, y lo comentaron despiadadamente...

\*\*\*

Aquel hombre era acaso el único capítulo sentimental que había en toda la azarosa vida de *La Mariblanca*, y el recuerdo de él el único entre tantos que se había mantenido enteramente limpio, como buen amor, sin sombra en el alma de la cómica.

—Mucho parece que has sufrido —le dijo así como se hallaron frente a frente.

—Mucho; pero todo lo doy por bien empleado con la alegría de hallarte al fin. Desde que te partiste de Ciudad Real sin decirme adiós, no tuve sosiego. Mi único anhelo, mi solo pensamiento era correr en tu busca, no sé si para matarte o para caer a tus pies como un esclavo. Me dijeron tantas cosas de ti, que en mi corazón luchaban a un tiempo mismo el odio y el amor. Los consuelos y rigores de mi padre, que de ambas cosas usaba para tenerme consigo, no conseguían sino hacer más perenne tu memoria; una noche no pude más, y asiendo de un puñado de doblones, mientras todos dormían, salí de mi casa.

—Y ¿dónde fuiste? ¿Qué rumbo llevabas?

—No lo sabía; preguntaba de pueblo en pueblo, y ansiando tenerte cerca, cada paso me distanciaba más. Llegué hasta Sevilla, porque no sé dónde oí que allí había cómicos, pero era una compañía de canto venida de Italia. Se me acabó en esto el dinero y tuve que vivir como Dios quiso, y hasta hoy no se ha servido de querer bien ningún día.

Melancólicamente continuaba la crónica de su historia.

*La Mariblanca*, sentada junto a él, seguía ávidamente el curso de la negociación:

—Una vez con las faltriqueras vacías tuve que ser de todo, aun esportillero, como aquellos dos mozalbetes, *Rincón y Cortado*, que sirvieron para labrar la fama inmortal de Cervantes, de quien tú, sin duda, habrás representado algún entremés.

Lucía, aunque su oficio era el de propagar el ingenio, sabía poco de los manantiales donde fluyera, así es que este recuerdo literario del estudiante enamorado y menesteroso no cayó muy bien en las mezquinas celdillas de su entendimiento.

—¿Y después? —pregunto:

—Después, por librarme de ser comprendido en una leva de gente desocupada que se hizo para servir en las galeras del rey, y siempre con tu recuerdo por norte, me puse en camino para Madrid, adonde llegué después de no sé cuántas desventuras y con estrella tan despiadada y enemiga, que tampoco estabas por el entonces en la villa; luego me enteré de que te hallabas en *La Granja* como primera de la compañía de los sitios... Después te he visto algunas veces, pero nunca sola, y a pesar de que solo por ti abandoné a los míos, no sé si con propósitos de matarte o de arrojarme a tus pies, no me atreví a decirte nada, y proseguí arrastrando la malaventura de mi alma y la miseria de mi cuerpo. A fe que si no fuera por la sopa de los conventos, no me tendrías ahora delante de ti.

Calló aquí Ramiro, y también guardó silencio *La Mariblanca*.

La sencilla relación del enamorado mozo la había impresionado notablemente.

No pensaba ella que Amor fuese tan constante y fiel en sus empeños que truncara una vida por seguir a la prenda amada.

Se miró alma adentro, hasta lo más recóndito, por ver si hallaba moneda del mismo cuño con que pagar aquello, y quedó desconsolada porque advirtió que no tenía con qué.

De aquella vez lejana que Amor pasó por su puerta, no le quedaba más que una débil memoria.

A fe que lo sentía, porque en aquel preciso momento hubiese querido tener tesoros inagotables de cariño para pagar la devoción de aquel hombre.

Le atrajo hacia sí, le arrulló sobre su pecho como a un niño y le besó en el rostro, pero aquellas caricias eran frías, sin pasión.

Ramiro tampoco se conmovía con ellas, antes bien, parecía participar de la misma frialdad que la comedianta.

Ella lo advirtió, le apartó un poco y le preguntó la causa; pero el infeliz, a tiempo de puro hablar, se desprendió de sus brazos y cayó desvanecido al suelo.

*Mariblanca* se asustó mucho y comenzó a dar voces demandando auxilio.

Acudió la moza, y entre ambas pudieron alzar al desvanecido hasta el sofá.

Ramiro abrió los ojos de allí a un poco, y él mismo tranquilizó a las dos mujeres, diciéndoles que no diesen importancia a lo ocurrido, pues era cosa que solía padecer con mucha frecuencia.

Le dijo *La Mariblanca* que tomase algún refrigerio, y el infeliz no se hizo rogar, pues seguramente que aquellos desmayos que le acometían tan de continuo más serían de puro hambriento que de puro enamorado.

Ella le miraba y seguía buscando en sí una hilacha siquiera de aquel amor de antaño; mas tan limpia se hallaba de él, que se diría que en todos los días de su vida no supo qué cosa era cariño.

Acabado que fue el breve yantar del mozo, se alzó este para despedirse. Sin darse cuenta de ello, también se alzó Lucía y le tendió la mano.

—¿Te vas ya? —le preguntó fríamente.

A lo que respondió Ramiro:

—Sí; estas son las cosas del mundo. Nos pasamos media vida detrás de una ilusión, sufriendo penas y quebrantos, y cuando al cabo damos con ella, se nos cae la venda de los ojos y lamentamos el tiempo perdido. Desperdielé muchos días en esta peregrinación; lo único que me puedes dar es esto de ahora, en el corazón no te queda qué darme... ¡Adiós *Mariblanca*! Aun hay una posada en el corazón de la Mancha donde poder recluirme al servicio de los trajinantes y cuidado de mi hacienda, si no fuere Dios servido destinarme cosa de mejor provecho...

Y tomando el camino de la puerta, presto dio en la calle...

De allí adelante no se volvió a ver a Ramiro en la Corte.

Sin duda que tomó al pie de la letra la promesa de recluirse en la posada de su padre y purgar, sirviendo en ella humildemente como el último mozo de mulas, la locura de correr los caminos del mundo buscando a una mujer sin corazón...



## CAPÍTULO VII

### DONDE SE DA FIN EJEMPLAR A LAS HAZAÑAS DE «LA MARIBLANCA»

La desilusión de Ramiro no dejó de hacer profunda huella en la voluntariosa *Mariblanca*, tan hecha a ser en todo momento reina y tirana de corazones.

Aunque ella se miró enteramente limpia de aquel antiguo amor que cruzara ante su vida como una ligera nube, al ver que él de por sí se apartaba desengañado y arrepentido del error en que estuvo, le dolió en su prurito de mujer veleidosa y banal.

A cada instante pedía parecer al espejo sobre su belleza, porque pensaba si acaso lo intenso de las jornadas que llevaba corridas, más que los años, habrían dejado algún sello en su rostro; pero la pulida superficie de cristal le respondía siempre como a aquella reina gentil y soberbia del cuento de hadas: «Aún estás hermosa y te faltan muchos años para dejar de estarlo».

\*\*\*

Volvió a las andadas, y por otro buen espacio de tiempo trocó el misticismo por la galantería...

Durante aquella temporada tocó el ser satélites de la comedianta a muy notables personas que eran de lo florido de la Corte.

Unos podían ser muy bien abuelos de la moza y algunos poco menos que sus hijos, pero todos llamaban con dádivas en el gusto de su merced y todos eran recibidos con mucho agrado.

Ninguno dejaba de asistir a la comedia.

Tenían tomadas sus lunetas muy cerca del escenario, por estar más al cuidado de su perla oriental, y era lo gracioso que los trasteaba tan donosamente que, estando todos juntos, nada sospechaba uno de otro, y solo pensaban que era devoción en el vecino el tener tan puestos los sentidos en el escenario mientras *Mariblanca* estaba en él.

La gente llegó a conocerlos y les llamaba la *guardia amarilla*. Mas como es cierto que el amor es ciego, ellos no reparaban el lindo papel que hacían.

De noche la casa era un jubileo, pues cada galán tenía su hora, y tal se corrió por la Corte que como a suceso notable se le hicieron coplas, romances y letrillas.

Algunos llegaban a manos de la niña, y los leía sin encono ni rubor, antes bien, le hacían muy buena gracia, y fue de lo que más estas dos décimas:

*Mariblanquilla* es tan llana  
que siempre tiene su puerta  
muy de par en par abierta  
a cuantos llegan con gana.  
De la noche a la mañana

así ordena que ha de estar,  
que es tanto el salir y entrar  
que si cada cual llamara  
ningún vecino lograra  
ni un momento descansar.  
Allí huelga el aldabón  
para todo visitante,  
que le abrirán al instante  
si llama con un doblón.  
Es más agudo este son,  
más penetrante, más fino,  
y tiene un eco divino  
que en parte alguna se atranca,  
pues llega hasta *Mariblanca*  
sin que le sienta el vecino.

Como quien con fuego juega, cuando menos lo piensa, se abrasa las manos, a la señora Lucía de Pablos le sucedió de esta suerte. Quiero decir que un día se halló con que en su seno palpitaba una vida.

Al principio fue cosa que le contrarió, mucho más después de pasada la primera impresión, no le pareció tan mal y comenzó a alegrarse, porque como no tenía a quién dar cuenta de sus hechos, no se le daba mucho de que la gente la mirase con prole siendo soltera.

Mas de pronto le asaltó un grave problema de difícil solución.

¿De quién sería aquel niño?

Y comenzó a hacer cálculos.

Del marquesito no podía ser, porque era muy muchacho.

Del duque, ¿cómo era posible, si tenía más años que un palmar, y en cuanto daba una carrerita, mas, qué digo una carrerita, un paseo, se apeaba por las orejas? Estaba hecho un puro alifafe.

Razón tenía el hombre cuando decía que con la vejez había ganado en autoridad, en fuerza y en virilidad.

En autoridad, porque mandaba más, pues antes, con una sola voz acudían todos los criados, y ahora tenía que llamar veinte veces para que acudiese uno solo.

En fuerza, porque antes se apeaba del coche sin llevarse nada tras sí, y ahora arrastra consigo los almohadones.

En virilidad, porque cuando mozo se salpicaba cuando orinaba la punta de los zapatos, y ahora lo hacía por entero en las rodillas.

Así es que había que descartar este pretendiente a padre.

Del guardia de Corps ya era más fácil sospechar, si no vinieran todos los días después que él el librero de la calle del Carmen y el P. Bernabé, censor de las comedias y definidor del convento de la Victoria.

¡Jesús, qué conflicto!

En verdad, que los hombres de ciencia debían inventar alguna cosa, a manera de piedra de toque, para solucionar estas dudas.

Si a los presuntos llegara esta nueva de cómo tenían a la dama de sus pensamientos, pudieran decir muy a voz en cuello el romance de Quevedo:

Yo el menor padre de todos  
los que hicieron este niño  
que concebimos a escote  
entre más de veinticinco.

A la postre ella determinó de írselo diciendo a cada uno, más porque se hiciesen cargo, que no le era menester, por divertirse con ver la cara que ponían cuando conocieran la noticia.

Y miren qué burlas y contrastes más donosos tiene la vida.

Cada cual no dudó un instante que fuese capaz de hacer niñerías.

Desde el imberbe marquesito hasta el valetudinario duque, todos se hicieron responsables.

Aun el mismo P. Bernabé la tuvo a bien y lo creyó, diciendo:

—No tiene nada de particular, como uno está tan regalado y, gracias a Dios, tiene tan poco en qué emplearse, por algún sitio tiene que salir el exceso de vida. ¡Ay, hija, aunque no me esté muy bien el decirlo, y a ti te enfade algún poco, no es el primero, más de cuatro monaguillos y algún sota sacristán tengo desperdigados por esos templos del Señor!

\*\*\*

Una mañana se levantó su merced melancólica y con resabios morales de aquellos que tampoco tiempo le duraban.

Le dio por pensar en el porvenir de lo que, andando los meses, allá para principios del invierno habría de florecer de su espléndida carne y le pesó mucho de que, cuando llegase a tener uso de razón, tuviese que bajar la cabeza delante de las gentes y ocultar su origen.

Era necesario de todo punto de que tuviese un padre, por lo menos.

Y comenzó a pensar de cuál le estaría mejor de todos sus pretendientes, y puesta a escoger, como tenía dónde, quiso que el hijo saliera ganancioso en rango y no halló otro más a punto y cabal que el duque.

Tan buen arte se dio para convencer a la estantigua aristócrata, que no le estaba bien con su prestigio y respeto el tener un hijo pegadizo, que el hombre se dio por vencido y de allí a poco celebró sus bodas con la cómica, entre la sorpresa y la rechifla de todo Madrid; pero esto no llegó a su excelencia y no pensó sino que daba su sarmentosa mano a la más insigne dama de la nobleza española.

Desde las tablas desvencijadas de la Farándula acudió *Mariblanquilla* a los estrados de la nobleza.

Pomposa apoteosis de su vida y milagros; prosaico fin...

\*\*\*

La pudiera haber acabado arrepentida de su vida, profesando en un monasterio, como *La Calderona*, *La Caramba* y tantas otras de su misma cuerda, que después de hartas, cuando ya no tuvieron pecado en que revolcarse, dieron en místicas; pero me ha parecido más humano y natural este acabamiento, que así acontece muchas veces en la realidad de la vida.

A *Mariblanca* hay que agradecerle, cuando menos, la intención noble y generosa para el ser que palpitaba en sus entrañas, que no todas las que se huelgan para recreo y placer de la carne son tan previsoras...

Madrid, Mayo 1917—Mayo 1918.